

Ensayo sobre el Pensamiento Espontáneo y Reflexivo.

Agradezco al Dr. Honorio Delgado,
cuya acogida generosa ha facilitado
este estudio.

PROLOGO

La finalidad de esta investigación es destacar dos manifestaciones del pensamiento: la espontánea y la reflexiva. La primera es llamada así porque se produce cuando menos lo espera el sujeto, el cual no puede intervenir en ella, la que se le impone más bien, porque obedece a resortes que no domina. Se sucede en el curso de la vida anímica, la que se halla en perpetuo cambio y movimiento. Esto último permite prever que su duración, es esporádica, esfumándose rápidamente. En estas condiciones los pensamientos son, a menudo, imprecisos o vagos, lo que dificulta el darse cuenta de que se hayan producido y cuáles sean sus características. La manifestación reflexiva es denominada así porque en ella se procede a considerar con detención los propios pensamientos, aún los espontáneos. En este sentido es reflexión o vuelta sobre lo pensado. Esto es posible porque el sujeto posee la facultad de objetivar sus mismos pensamientos y retenerlos, impidiendo que sean arrastrados en el devenir de la vida psíquica. Con este poder logra influir en su pro-

ducción. Y por esta influencia, los pensamientos de imprecisos y vagos se transforman en claros y precisos. Con esta distinción no se ha pretendido establecer una diferencia esencial entre las dos manifestaciones del pensamiento; esta diferencia es solamente gradual.

En la primera parte del presente estudio se describe las características del pensamiento y, en la segunda, se indaga la intervención que sobre él tienen los otros factores de la vida anímica, con lo cual se logra ver cuáles sean los verdaderos motivos que dan al pensamiento su aspecto espontáneo y reflexivo. Se comprueba que lo decisivo para su distinción se debe a la mediación de los otros factores y no se halla en las raíces mismas del pensamiento.

Tanto en su forma espontánea como en la reflexiva, el pensamiento es suscitado por tendencias, que son de orden estrictamente mental o provienen de otros campos de la vida anímica. Esto le da un carácter dinámico que lo distingue psicológicamente de sus productos objetivos que son, más bien, estudiados por la lógica. En la forma reflexiva parecería que se está en el terreno de la lógica, pues esta forma y no la espontánea es la que conduce a los productos lógicos. No obstante, el psicólogo descubre, aún en la misma reflexión, las tendencias mentales que la provocan. Por eso es posible hallar en ella movilidad y dinamismo, aun cuando no resalte en comparación con la espontaneidad. La diferencia entre la forma espontánea y la reflexiva estriba en que en la primera predominan las tendencias que pertenecen a otros campos de la vida anímica, a desmedro de las mentales; en cambio, en la segunda sucede lo inverso. En este estudio se ha buscado dichas tendencias que imprimen dinamismo. Para acentuar la distinción entre la psicología y la lógica, algunos psicólogos han preferido designar la actividad anímica como

pensar, que dejando el término pensamiento para la lógica solamente. Sin embargo, como este último término es de uso común para referirse a lo genuinamente psicológico, aquí también se ha mantenido dicho término. Pero haciendo esta previa aclaración.

PRIMERA PARTE

DESCRIPCION DEL PENSAMIENTO

I

PENSAMIENTO ESPONTANEO

1. Momentos de vaguedad del pensamiento.

En diversas oportunidades el pensamiento se manifiesta con una tenue tonalidad, lo que dificulta descubrirlo, pues es percibido imprecisamente realizándose casi inadvertido para el sujeto mismo. Esto sucede, sobre todo, cuando el pensamiento se halla ligado estrechamente a la percepción, la cual imponiéndose lo relega a segundo término, como un concomitante casi superfluo o accesorio, pues lo central es la percepción misma. En esta condición, el pensamiento actúa ocasionalmente y de manera muy velada, lo que impide darse cuenta del momento en que se está pensando y, menos aún, de la forma como se efectúa el pensamiento, el sujeto, absorto en la percepción. Lo que piensa en referencia a esta, es solamente una vaga noción, siendo más lo que tiene delante de sí, más la contemplación de lo percibido, que el pensamiento mismo, el cual no siendo verdaderamente necesario es opacado por lo percibido. Cuántas veces al recorrer

los objetos de la percepción, éstos se acompañan de pensamientos muy tenues que prontamente desaparecen sin haber dejado huella en la conciencia.

En otras ocasiones el pensamiento se halla muy ligado a las imágenes interiores, como cuando el sujeto está poseído por su fantasía o cuando está dominado por las imágenes de sus sueños. En estas circunstancias actúan tan poderosamente las imágenes, que se constituyen en lo central de la representación, desalojando al pensamiento que sólo tiene lugar de cuando en cuando y es casi imperceptible, siendo lo imponente la sucesión de las imágenes vivamente representadas.

Hay pues manifestaciones vagas del pensamiento, las que se distinguen difícilmente de la percepción o de la representación; lo percibido o las imágenes interiores absorben casi la totalidad de la vida anímica, dejando muy escaso margen al pensamiento mismo.

2. El pensamiento en la satisfacción inmediata de una tendencia.

Muchas veces el pensamiento se halla al servicio de las tendencias que urgen ser satisfechas. El que estuviese apremiado se posesionará de él inmediatamente. Procediendo así se ha dado cuenta de que el objeto satisface sus deseos, lo cual es un acto del pensamiento; a falta de esto hubiera sido un impulso instintivo solamente. Sucede en diversas ocasiones que cuando algún instinto está ávido de satisfacción, la sola percepción del objeto codiciado lo desencadena; parece que en las manifestaciones más primitivas del instinto la percepción se halla ligada directamente a él, sin intermediarios que provenga del pensamiento. Mas, ahora ha mediado el pensamiento al relacionar, a darse cuenta, de que el objeto es lo adecuado para el impulso. Pero, este pensar no es com-

pletamente consciente, ni es necesario que lo sea, sino que se ha producido de manera imprecisa todavía: para que hubiera precisión debería haberse pensado explícitamente en qué consiste el objeto, en qué el impulso sentido y establecer la relación cabal entre los dos, y proceder de acuerdo con esto último, lo que en ningún momento ha sucedido. Se ha pensado para resolver de inmediato una necesidad vital, hallándose el pensamiento impregnado de percepción y de impulso, lo que dificulta su aislamiento para contemplarlo en su manifestación pura. Siendo intensos la percepción y el impulso, el pensamiento que los conecta dura sólo fugazmente, pues aquéllas al explayarse lo recubren y desalojan. Igualmente sucede en presencia de un objeto que amenaza la existencia, aunque en estos casos se piensa en la oposición del objeto percibido con el instinto. Así tienen lugar las primeras alboradas del pensamiento, las que podrán transformarse posteriormente en juicios afirmativos o negativos, explícitamente formulados. Esta forma fugaz de manifestarse el pensamiento se produce también con motivo de cualquier tendencia que exija pronta satisfacción y no sólo por las necesidades de un instinto. El que se haya propuesto una determinada finalidad, tiene el espíritu alerta para las ocasiones propicias, en las que apercibe de inmediato la conveniencia. En todos estos casos el pensamiento se halla al servicio de las necesidades instintivas o de cualquier otra tendencia, surgiendo promovido por éstas y de manera completamente espontánea.

3. Variabilidad significativa del objeto por la situación total.

Espontáneamente las cosas tienen un significado peculiar que depende de las tendencias o necesidades del sujeto. Satisfechas estas últimas, los mismos objetos pierden su sig-

nificado, siendo contemplados con indiferencia; y al calor de nuevas tendencias adquieren significados diversos, pues la posibilidad significativa de un mismo objeto es múltiple y se modifica según la variedad de impulsos que se entrecruzan. Lo que ha sido primeramente objeto de apetito puede ser después, motivo de curiosidad. Además de las tendencias, otras condiciones internas del que piensa hacen variar el significado; un mismo objeto puede significar, por intervención de la voluntad, el medio para alcanzar un fin, o significar, por los sentimientos, el recuerdo de algo grato. La personalidad también influye para modificar la significación, pues de distinta manera es apreciado un objeto por un artista que por un hombre de negocios.

Al lado de las condiciones internas conspiran también las externas para variar el significado de un mismo objeto. Se le interpreta de distinta manera de acuerdo con las circunstancias que lo rodean. El significado brota espontáneamente de la totalidad del momento, al aunarse y combinarse el conjunto de condiciones interiores y exteriores.

4. El objeto en su significado de medio para un fin.

Los objetos adquieren un significado según la situación total, pues el pensamiento se halla a su servicio en estas manifestaciones espontáneas. Teniendo un fin por alcanzar, el sujeto se vale del objeto como medio para lograrlo, encontrándole un significado apropiado, el cual, por tanto, varía de una circunstancia a otra. Los objetos sirven para alcanzar tal finalidad o para tal otra. Un objeto adquirido para un determinado fin puede convertirse en medio de defensa en situaciones apremiantes.

En estas significaciones se piensa de los objetos en qué son válidos como medios para un fin y no lo que sean en sí,

independientemente con sus cualidades. El pensamiento da así a los objetos un significado ajeno a lo que son ellos mismos, pues solamente capta de ellos lo conveniente para las circunstancias. Se halla dirigido a lo que en el objeto hay de aprovechable y no el objeto mismo; encuentra lo útil para satisfacer a las necesidades y no se halla al servicio del objeto. En estas situaciones, pensando bajo las exigencias del momento y no contemplativamente, lo que se piensa no concuerda con la totalidad de aquello en que se piensa, dificultándose la adecuación completa del pensamiento con el objeto, pues éste propiamente no es objeto todavía sino que es pensado subjetivamente como medio para un fin inmediato.

5. Semejanzas y diferencias entre diversos medios.

Al pensar de los objetos lo que en ellos hay de utilizable como medios, se halla implícita la posibilidad de pensar que muchos lo son para un mismo fin, encontrándoles la cualidad apropiada para lo que se desea. Si alguien pretendiera recoger algo que estuviese un poco alejado, podrá hacer uso de varios objetos, habiendo pensado de cada uno de ellos la cualidad de ser "alargado". En estos medios hallados espontáneamente, se piensa en cada uno de ellos una cualidad igual o semejante a la de los otros. Pero, al pensar en todos ellos, además de tener en cuenta la cualidad de cada uno, se establece la relación de semejanza entre sus cualidades, pues no es lo mismo pensar cualidades semejantes en diversos objetos que pensar que éstas se asemejan. Este pensamiento es tan fugaz que no se podría decir en que momento se piensa las cualidades y en qué momento sus semejanzas. Lo dicho de las semejanzas puede también decirse de las diferencias, pues en el instante de pensar en los medios para lograr un fin, se encuentra que unos objetos son apropiados y otros no

lo son. Y también, además de pensar en cada uno de ellos cualidades diferentes, se piensa en su diferencia.

6. La abstracción espontánea.

Se ha visto anteriormente que, ante los requerimientos del momento, el pensamiento capta de las cosas lo que de ella es útil para lograr las necesidades, desdeñando espontáneamente lo demás; y también que capta de las diversas cosas lo que en ellas hay de semejante o de diferente. Ahora bien, el término "abstracción" tiene un doble significado. Por uno de ellos significa separar algunos contenidos dentro de un conjunto dado, aislándolos de los demás. Por el otro significa que al pensar diversos objetos, se encuentra lo que en ellos hay de común, esto es, de semejante, pensándolos poseyendo una misma cualidad. Pues bien, esto es precisamente lo que se ha verificado en los ejemplos anteriores; así se comprueba la existencia de la abstracción espontánea en la que la separación de los contenidos útiles y la captación de las semejanzas se sucede instantáneamente, sin ser consciente de ellas, pues no ha habido tal intención.

«Biblioteca de la Universidad de los Andes»
«Jorge Puccinelli Converso»

7. Reactividad espontánea del pensamiento.

Los pensamientos anteriormente descritos brotan según las exigencias del momento y de una manera tan espontánea que constituyen una respuesta reactiva a las circunstancias. ¿En qué consiste la reactividad del pensamiento? Así como un objeto de la percepción hiere los sentidos produciendo inmediatamente la sensación por reacción espontánea a los estímulos, o como al arrostrar un peligro surge inmediatamente un sentimiento de temor o arrojío, por reacción espontánea del sentimiento, igualmente sucede con el pensamiento. Este muchas veces es la respuesta a situaciones inespe-

radas que se presentan; es la reacción espontánea a los estímulos que incitan a pensar para responder de manera inmediata a las necesidades imprevistas. El órgano del cual emanan los pensamientos está constituido en tal forma que brotan con naturalidad, pues están al servicio de las necesidades insospechadas y apremiantes del sujeto, lo que requiere que se efectúen sin ninguna elaboración premeditada, pues esto último los retardaría, haciendo fallar el logro de dichas necesidades. El pensamiento es un hecho natural y por eso es una reacción espontánea a los estímulos exteriores, como lo son la sensación y el sentimiento; se manifiesta para vencer los obstáculos ofrecidos, surgiendo sin esfuerzo ni intención alguna. Sucede, por supuesto, en muchos casos, que cuanto más ejercitado se halle el sujeto tanto más rápida y adecuadamente han de producirse los pensamientos. En efecto, los hábitos favorecen la espontaneidad del pensamiento y, sobre todo, es en la precisión o acierto que desempeña su función. Porque aún faltando los hábitos, espontáneamente se reacciona de igual manera ante las situaciones, aunque el que se logre o no depende de los hábitos que se haya adquirido con el ejercitamiento. Pero en todas estas manifestaciones, el pensamiento brota como reacción espontánea ante los estímulos.

8. Pensamiento espontáneo-esporádico.

Hasta ahora se ha considerado el acto espontáneo del pensamiento, el cual se efectúa en un determinado momento; queda por examinarlo en su proceso, cuando se produce espontáneamente en momentos sucesivos. El pensamiento del sujeto está guiado muchas veces por los hechos que percibe o por las imágenes interiores que se suceden sin derrotero; cambia ininterrumpidamente según las ocasiones que lo sus-

citan. El pensamiento, al ser provocado por los estímulos, es esporádico, pues está sujeto al azar de los mismos, no encontrándose dirección canalizante; se halla a la deriva, sometido a la contingencia de los acontecimientos. Debido a la participación de lo percibido o de lo imaginado, parece como si el sujeto solamente contemplase una serie de hechos exteriores o viese una serie de imágenes representadas. Mas esto por sí sólo no es pensamiento; se piensa, cuando las imágenes o las percepciones son relacionadas por el sujeto, y no en el mero suceder de hechos percibidos o imaginados. Naturalmente que el pensamiento se produce sin que el sujeto tenga una clara conciencia, al ser provocado únicamente por la secuencia de imágenes o de percepciones. Su manifestación en estos casos es espontánea porque se produce con ocasión de esta secuencia; y es esporádica porque se modifica de manera casual.

9. Semejanzas y diferencias que encauzan el proceso espontáneo.

No obstante que el pensamiento se suceda en algunos casos sin dirección, hay en cambio formas que lo encauzan espontáneamente. Estas son: 1.º) La conexión espontánea por semejanzas y diferencias y 2.º) la dirección o finalidad espontánea del pensamiento. Consideremos por ahora la primera.

Es muy conocido el proceso en que una representación trae a colación otra que se le asemeja, lo cual eslabona los pensamientos por lazos de sucesivas semejanzas. Algún asociacionista diría que el proceso se ha realizado según la "asociación por semejanzas", afirmación a la cual no hay que oponerse, pues efectivamente así sucede. Mas esta aseveración no invalida el que también sea un proceso de pensamientos, pues si bien es cierto que se ha efectuado una

asociación por semejanzas, es también cierto que se ha pensado al establecer la relación de semejanza entre una y otra representación. El que dicha asociación ayude en el proceso, no implica que excluya la presencia de pensamientos análogos, reforzándose más bien mutuamente. Lo dicho de las semejanzas puede también decirse del proceso en que se suceden representaciones que contrastan, esto es, poseedoras de un elevado grado de diferencia. Mas, al mismo tiempo que el contraste de las representaciones se da igualmente el pensamiento de su oposición o de sus diferencias. Por tanto, la ley psicológica de la asociación de representaciones por semejanza o por contraste, hecho independiente del pensamiento mismo, no excluye el que sus procesos se encaucen al pensarse las semejanzas y las diferencias de las mismas representaciones.

10. La finalidad que encauza la espontaneidad del proceso.

Sucede a veces que el sujeto tiene una finalidad, la cual para lograrse dirige el curso de sus pensamientos, encauzándolos espontáneamente. Si al realizar una obra se tiene un fin por alcanzar, hacia éste tienden todos los pensamientos, pues éstos se provocan en relación a la finalidad representada y no aisladamente. Mas, los pensamientos surgen espontáneamente según lo requerido en cada momento y no se hallan fijados con premeditación; así el sujeto para realizar su obra, tan pronto utiliza tal medio como tan pronto otro, suscitados por las necesidades de cada situación. Es cierto que en él hay una representación fija, que es la finalidad de su obra; pero lo que ahora interesa es la espontaneidad del proceso en esta misma obra. A esta finalidad son referidos todos los pensamientos que espontáneamente se vayan sucediendo, y hacia la cual se reajustan los surgidos espontánea-

mente en el proceso, pues de lo contrario se frustraría dicha finalidad. De esta manera el pensamiento adquiere una dirección en la que se hallan conectados sus momentos sucesivos. Por supuesto que la finalidad mencionada tiene diversos grados: desde la clara conciencia hasta la vaga e imprecisa representación, y aún hasta su olvido momentáneo. En efecto, al lado de la finalidad principal coexisten las secundarias que puedan absorber el curso del pensamiento, haciendo olvidar la principal o haciéndola tener presente con vaguedad solamente. Porque tan pronto se pensará en la finalidad de toda la obra como tan pronto en algunas partes de la misma, no habiendo un límite para determinar la multiplicidad de fines secundarios que se suscitarán a medida que la obra se desenvuelva. Mas, si bien la finalidad principal se le caracteriza de premeditada, como igualmente lo son algunas secundarias, hay infinidad de otras que van surgiendo en el momento, según las necesidades mismas de la obra por realizar y que, en el fondo, son los pensamientos espontáneos brotados en el transcurso del proceso, convertido ya en una finalidad inmediata, la cual hace olvidar la principal, o las otras, o a lo más, representarlas imprecisamente. Sin embargo, a éstas es necesario avivarlas frecuentemente, para imprimir dirección o coherencia al pensamiento.

11. La idea directriz en el proceso.

No siempre se tiene una finalidad premeditada y, por consiguiente, precisa, pues acontece a menudo que el fin del pensamiento es incierto, inseguro y vacilante, por ser susceptible de variación y, aún, ser abandonado. A pesar de todo esto, encauza la dirección del pensamiento. Este proceso peculiar es provocado por lo que se llama idea. En ésta se piensa en algo de lo cual no se está muy seguro, pues

no se le comprende todavía con claridad. Hay un pensar indeciso, fluctuante, movable aún. No se ha fijado las relaciones del pensamiento de manera definida. Pero, no es tampoco un pensar en movimiento incesante, sino que es un movimiento que tiende a la fijación. En la idea, el pensamiento se halla entre la movilidad y la fijación. La idea es el primer intento para detenerse en el continuo movimiento, aunque no se plasme aún; el primer sacudirse de la movilidad para adherirse a algo que la detenga; el primer chispazo en el cual el pensamiento vislumbra el término a su recorrido. Surgida por primera vez, la idea se transforma en la luz que ha de orientar el curso del pensamiento para llevarlo a feliz término. Es, primeramente, un acto del pensamiento en que se vislumbra un fin y que se convierte, ahora, en factor directivo, imprimiendo un derrotero al curso del pensamiento. La idea surge sin ser buscada; pero surgida, puede servir para cerciorarse de su verdad, orientando así la búsqueda. La idea es entonces, el puente de unión entre la movilidad del pensamiento y su detención.

«Biblioteca de Letras»
«Jorge Puccinelli Converso»

Al actuar es frecuente dejarse llevar solamente por las ideas. Si se pretende llegar a un determinado lugar, no teniendo sino una idea del verdadero camino, se procede a cada momento por tanteos con el propósito de averiguar cuál conducirá debidamente. La simple idea es la que orienta en el curso de la averiguación y se piensa en función de ella, dando dirección en medio de la movilidad y llevando al fin en que espera detenerse confiadamente. La acción está, pues, acompañada por ideas directrices que encauzan el curso de los pensamientos. En los descubrimientos, son también ideas las que dirigen el pensamiento. El que descubre, piensa según una idea inicial, la que absorbe por en-

tero sus pensamientos, la que los canaliza, aunque sea incierta e insegura en el primer momento. Las fluctuaciones de la inseguridad desaparecen y se piensa con certidumbre en el acto del descubrimiento. Lo mismo sucede en el proceso de la invención. En un principio, el inventor tiene ideas solamente, las que no siendo precisas ni claras, no le permiten llevar a cabo la invención. No está, por tanto, muy seguro de su idea, la que es todavía un vislumbre que no ha alcanzado la suficiente claridad. Pero esta idea aspira a su plasmación; y esta aspiración imprime dirección al curso de los pensamientos. El curso de éstos varía a medida que se va precisando la idea original, hasta que en el momento culminante de la invención, logran fijarse las relaciones. De esta manera, la movilidad del pensamiento, al plasmarse, alcanza su detención. Psicológicamente, la idea es como una hipótesis que, surgiendo como un chispazo, ilumina la conciencia; y enrumba así los pensamientos hasta comprobar su validez. La idea posee, entonces dos características principales. Primeramente, es un acto del pensamiento en el cual se vislumbra una relación; segundo, esta relación vislumbrada se convierte en factor que orienta el proceso de los pensamientos.

Espoleado por la idea directriz, el pensamiento, si bien es fluctuante y se halla en movimiento, no es esporádico, pues no es movido por el azar de las circunstancias sino que lleva dirección. Guiado por la idea directriz se halla en plena actividad; en este proceso como que crece, se amplifica, se desarrolla, pues los sucesos del curso de la conciencia — incluso imágenes, recuerdos, etc.— van reuniéndose, coordinándose, en torno de la idea directriz. Hay en el pensamiento desarrollo y maduración, porque el germen inicial de la idea directriz es aún inmaduro e infantil, pues es incapaz de sostenerse con sus propias fuerzas, hasta que en

el trascurso de su devenir, va adquiriendo sólidos apoyos que llegan a darle formas definidas. En plena madurez emerge ya desarrollado, cuando la idea se ha transformado en un invento o en un descubrimiento. Por eso, este proceso es un pensamiento vivo, porque la idea directriz lo orienta y se desarrolla conforme a esta idea; y porque hay un crecimiento junto al movimiento. La idea directriz provoca la continuidad ininterrumpida y creciente en la movilidad del proceso. Por eso, también, en este pensamiento hay historia, por ser el proceso acumulativo, puesto que las experiencias pasadas son aprovechadas por las presentes. De esta manera, el pensamiento vivo adquiere maduración vital. (1)

La idea directriz, por el hecho mismo de ser idea, no se halla completamente establecida; su riqueza estriba en la posibilidad de ser flexible para adaptarse a las realidades que se le presentan. Así el proceso es fecundo, porque se halla abierto a lo que ofrece la realidad. De manera que el pensamiento es espontáneo, pues el proceso se modifica según las circunstancias y no se predetermina. Surgen espontáneamente otras ideas directrices, que se entrecruzan con la inicial o que la modifican paulatinamente, fecundando y enriqueciendo al pensamiento.

(1) En este sentido se han expresado Bergson y Le Roy. Para ellos en el pensamiento hay una idea directriz que han llamado "esquema dinámico". (Sólo nos referimos al esquema dinámico del pensamiento, porque también lo estudian en la atención y en el recuerdo). La idea directriz tiende a plasmarse, manifestándose como una tendencia del pensamiento, como dirección en su trabajo. Es dirección viva del pensamiento porque sus posibilidades se desenvuelven en el transcurso del proceso; posibilidades que se hallan latentemente contenidas en la idea inicial. Se ha llamado esquema dinámico porque la idea directriz es sólo, inicialmente, un esbozo, un esquema; y porque dirige el movimiento del pensar, le imprime dinamismo. El esquema dinámico se halla presente en la invención, en el descubrimiento y en el discurso.

12. Virtualidad del concepto.

Establecidos los lineamientos generales sobre el pensamiento espontáneo, como acto y como proceso, hay que abordar sus manifestaciones particulares. Entre éstas se encuentra la idea; pero ha sido necesario tratarla anteriormente para resaltar las características del proceso. Veamos a continuación lo referente al concepto espontáneo.

El que desee orientarse en un ambiente determinado, ha de tomar en cuenta multitud de circunstancias, con las cuales su pensamiento establecerá las relaciones correspondientes, girando alrededor de esta situación y no hallándose desligadas; hay así unidad dentro del conjunto de pensamientos. Dos factores contribuyen a organizar psicológicamente esta variedad de pensamientos. Primeramente, no siendo necesaria su claridad o precisión, basta que se organicen en forma vaga. Si se quisiese pensar claramente habría que apartarse de la totalidad, limitándose a algún aspecto parcial. La alternativa es, o totalidad vaga o claridad parcial. Aún cuando lo primero tiene sus inconvenientes, posee en cambio compensación, porque enriquece las posibilidades. En efecto, no estando precisadas las relaciones del pensamiento, esto permite que cualesquiera de ellas se manifiesten en el momento que las circunstancias lo exijan. En la imprecisa unidad de la totalidad de pensamientos, hay riqueza de posibilidades para las relaciones precisas y parciales que habrán de desenvolverse. El pensamiento en su totalidad está estructurado adecuadamente a las circunstancias, hallándose de esta manera el sujeto encuadrado debidamente dentro del ambiente. Así funciona el pensamiento organizado totalmente. El sujeto se orienta con una sola mirada al conjunto, estando

alerta a todas las eventualidades. Esta orientación surge espontáneamente, sin que se necesite la meditación.

Estando el sujeto orientado en el ambiente, hay en él una disposición potencial para desenvolverse de una determinada manera, según lo requieran las circunstancias. Esto es lo que constituye el segundo factor que permite la variedad de pensamientos. Los dos factores son, pues, el saber vago y difuso, espontáneamente captado; y la disposición potencial para desenvolverse en sus formas parciales según las circunstancias.

Se dice que en estas situaciones se tiene un concepto del ambiente en que uno se halla. Efectivamente, es un concepto este pensamiento unitario y total que lleva disposiciones latentes para desenvolverse. En el concepto hay, entonces, multitud de relaciones, y no solamente una, que se van tejiendo alrededor de un objeto del pensamiento. Pero, estas relaciones no se hallan todas en la conciencia, sino sólo potencialmente. Esto es natural, pues nadie puede pensar con claridad al mismo tiempo multitud de relaciones, ni tenerlas en la conciencia, pues ésta no se da a tan enorme tarea. Se caracteriza entonces el concepto como posibilidad virtual de actualizar las relaciones, esto es, los pensamientos. Propiamente, el concepto no es un pensamiento, sino una virtualidad de pensamientos. Por eso, el concepto de una situación total es la posibilidad de hacer actuales los múltiples pensamientos establecidos en torno de dicha situación, y que se hallan contenidos virtualmente. Pero se dirá, ¿no es acaso también un concepto este pensamiento actualizado, aunque vaga y difusamente.? Al tratar del juicio y de sus correlaciones con el concepto, se resolverá mejor esta cuestión; pero su solución completa se obtendrá al estudiar la naturaleza del pensamiento.

13.—Correlación del juicio y del concepto.

En su formación, el concepto y el juicio se condicionan recíprocamente. En efecto, el juicio teniendo existencia por sí sólo, puede emitirse independientemente del concepto; pero sin embargo, es elemento para un posible concepto, ya sea porque se emite con este fin, ya sea porque lleva implícita la posibilidad de acumularse en el concepto. Ahora bien, éste para constituirse depende necesariamente de los juicios, se forma a base de estos últimos; además, depende también irremisiblemente del juicio para el momento de actualizarse. En verdad, los conceptos son juicios conservados virtualmente, son pensamientos latentes. Pero, constituidos los conceptos, despliegan a su vez el contenido virtual que se revela en los juicios que, en este caso, son la actualización de dichas virtualidades. Hay, pues, en todo juicio la posibilidad de contribuir a la formación de los conceptos; y hay en el concepto, juicios latentemente contenidos. Al aclarar la correlación del concepto y del juicio se ha tratado de resolver un antiguo problema, planteado en la pregunta: ¿Qué es origina primero, el concepto o el juicio? Se comprueba que por naturaleza, inicialmente el juicio antecede al concepto; pero, constituido este último, sirve de base para la emisión de juicios.

En la actitud espontánea, hallándose el sujeto primordialmente dirigido a la actividad, forma su concepto ante todo para orientarse en una situación. Por eso capta de los objetos lo que éstos tienen de valioso para la acción, estableciendo relaciones de medio a fin entre unas cosas y las otras. Habiéndose formado la concepción de la situación con los actos del juicio, sin embargo, al actuar dentro del ambiente, recurre nuevamente a los juicios que se despliegan del concepto. Por tanto, el concepto es el conjunto de posibilidades

de acción y el juicio es una de éstas presente en el momento oportuno.

En el pensamiento espontáneo no se percibe debidamente el condicionamiento recíproco del concepto y del juicio. En efecto, en una situación vital en la que se forma rápidamente la concepción del lugar, y en la que se actúa con prontitud de acuerdo con esta concepción, es comprensible que no pueda hacerse la distinción cabal del concepto y el juicio ni menos aún de su origen recíproco, porque casi al mismo tiempo que se juzga, se conceptúa. La necesidad vital práctica no da lugar a mayores distanciamientos, sino que en la rapidez del proceso se aparecen simultáneos el concepto y el juicio. Para formarse el concepto de una situación, basta una mirada para aprehenderla, y proceder en el instante guiado por el juicio. La captación habrá sido vaga o imprecisa, pero se ha procedido adecuadamente. Mas, la vaguedad y la rapidez del pensamiento no es criterio para confundir el concepto y el juicio, ni tampoco su origen, como si se diesen conjuntamente. Si se observa este proceso detenidamente se comprobaría que al captar rápidamente la situación, se producen vertiginosamente pensamientos que al acumularse constituirán su concepción virtual. De ésta, con igual vertiginosidad, se actualizarán los juicios necesarios en la acción. Es verdad que cuanto más vagos e imprecisos sean los pensamientos, hay tanto mayor probabilidad de que se efectúen velozmente el concepto y el juicio, lo que tenderá a acercarlos más y más; pero, su simultaneidad no llega a realizarse, pues a medida que se aproximan va convirtiéndose, rápidamente, lo virtual en acto, dejando en este momento el concepto de serlo para transformarse en juicio.

14. El concepto espontáneo y su indefinibilidad.

Espontáneamente los conceptos se forman con motivo de la acción, en la cual lo importante de las cosas es servir de medios para un fin, y no lo que sean en sí mismas. En consecuencia, al hacer la clasificación de los conceptos espontáneos hay que tomar en cuenta su función de medios, y dependiendo esto último de la actitud que el sujeto asuma frente a las cosas, la clasificación ha de ser subjetiva. No tomándose en cuenta las cualidades de las cosas mismas, no se puede clasificar objetivamente los conceptos así constituídos. En una misma clase de conceptos son incorporados todas las cosas que sirven "para" un mismo fin.

Los conceptos que se forman de una situación, se modifican incesantemente, pues dependen de lo que al sujeto le interesa concebir y, también, de la riqueza de motivos que la situación misma ofrece para el pensamiento. Se constituyen y se modifican de acuerdo con las circunstancias. En esto estriba, cabalmente, lo valioso del pensamiento, pues los conocimientos que proporcionan los conceptos son substancia viva y no inerte, producidos por un organismo viviente con múltiples posibilidades de actividad. Gestados en un organismo vivo, así se reflejan en la facultad cognoscente del sujeto. Dependiendo la formación de los conceptos de las actitudes subjetivas y hallándose sometidos a continua modificación, pensándose, además, en forma vaga e imprecisa, es comprensible que no se pueda definir estos conceptos, porque para definir es indispensable pensar con claridad y poner límites al pensamiento, fijando el número de relaciones y deteniendo su curso. El concepto espontáneo es, por eso, indefinible.

Como espontáneamente se piensa las cosas como medios para un fin, si se pretendiese definir las se haría recurriendo,

precisamente, a este significado. Sería inútil buscar otra nota de los conceptos que no sea éste, pues las cualidades objetivas nunca son tomadas en cuenta. Basada en las cualidades espontáneas de las cosas, la definición a lo más indica que son "para" tal fin. El sujeto se halla incapacitado para definir las por sus cualidades objetivas, siéndole casi imposible lograrlo si lo pretendiese, pues su actitud ha sido radicalmente distinta. En cambio, como se verá, reflexivamente es posible definir por las características objetivas.

Anteriormente se ha visto que el momento de la acción exige que se piense en la semejanza o en la diferencia de diversos medios. Si se piensa la semejanza es porque se ha encontrado una cualidad común, y en este sentido hay conceptos generales espontáneos que se forman ante los requerimientos de la acción. De igual manera, si entre diversos medios adecuados hay alguno que no lo es, este último presentará cualidades peculiares que lo distinguen de los demás, y en este sentido se tiene la vivencia espontánea del concepto individual. La acción incita, pues, a constituir conceptos generales e individuales. Ahora bien, aun cuando espontáneamente los conceptos generales o individuales son fugaces y vagos, y reflexivamente, duraderos y claros, sin embargo, su diferencia no es esencial sino de grado. La única distinción estriba en que los espontáneos solamente poseen un significado de medio para un fin, y los reflexivos, además de este último, el de las cualidades objetivas de las cosas.

15. El Juicio espontáneo.

El juicio es el acto del pensamiento en el cual se establece una relación. Ahora bien, sucede que espontáneamente lo que se piensa no es primordialmente la relación, pues ésta es

implícita o vagamente pensada. Lo que más vivamente se piensa es lo cualitativo de las cosas. En la relación de medio a fin, como en el juicio: esto es algo para esto otro, es en la cualidad de medio que se concentra el pensamiento. Como espontáneamente no se establece explícitamente la relación de algo con sus cualidades, siendo esto lo peculiar de la reflexión, sucede que en los juicios espontáneos lo que resalta es el atributo o cualidad y no el algo o sujeto al cual se refiere. Así sucedería si al esperar la aparición de un objeto se exclamase: ¡allí está! ¡que grande es!. Si se pretendiera hacer el análisis de estas dos expresiones, se hallaría que el pensamiento distingue dos partes, a saber, un sujeto y un predicado. Pero en los juicios anteriores se ha tenido fundamentalmente la vivencia de la existencia o de la magnitud, esto es, la cualidad de la cosa y no la relación de algo con su cualidad. La espontaneidad del juicio se exterioriza en los llamados juicios predicativos. Los anteriores responden a tales juicios, porque del sujeto y predicado que los constituyen, el sujeto no está expresado del todo sino vagamente, siendo la acentuación llevada sobre el predicado. Al lado de las formas exclamativas de los juicios predicativos, están también los juicios impersonales como en la enunciación: llueve. Aquí también se sobreentiende el sujeto, cayendo la acentuación sobre el predicado. Ahora bien, el que esto suceda en los juicios espontáneos es muy natural, porque el sujeto en sí mismo no es conocido sino en referencia a sus cualidades, esto es, a sus predicados, pues de lo contrario sería un sujeto vacío, sin significado alguno. Por eso lo primordial es la cualidad o el predicado.

En los juicios espontáneos se piensa, pues, vivamente las cualidades de las cosas a desmedro de la relación; en cambio, en los juicios reflexivos en que interviene activamente la me-

ditación analizando sus partes, se piensa la relación de algo con sus cualidades a desmedro de la cualidad (2).

16. El razonamiento espontáneo.

En el razonamiento espontáneo las premisas no son pensadas explícitamente y en algunas ocasiones, ni aún la conclusión misma. Los juicios que constituyen el razonamiento espontáneo son pensados implícitamente. Aun cuando la conclusión pueda ser implícita o explícita, lo importante para el razonamiento espontáneo es que derive de juicios implícitamente pensados. El entimema es una manifestación espontánea del silogismo. En él se expresa una de las premisas y la conclusión. Así sucede en el ejemplo: "eres hombre, luego morirás", en el que no es posible establecer claramente la relación de las premisas y la conclusión porque la premisa de que "todos los hombres son mortales", ha sido pensada implícitamente. Son razonamientos abreviados que se efectúan a diario. Estas formas espontáneas dan la impresión de que el razonamiento es un proceso discontinuo. Muchas veces en una exclamación, que responde a la fórmula del juicio, se ha condensado un razonamiento cuyo proceso se ha efectuado sin que el sujeto mismo se percate. En efecto, la exclamación o juicio no se ha emitido sin motivo alguno sino que ha tenido una razón. Pero es precisamente esto último lo que permanece oscuro no solamente para el que lo oye sino para el que lo piensa. Porque tan fugazmente se han producido los anteriores juicios que han llevado a la conclusión que han desapa-

(2) La propensión del pensamiento espontáneo hacia lo cualitativo de las cosas, más que a la relación de la cualidad, inclina a llamarlo pensamiento intuitivo, pues en la intuición se vive fundamentalmente las cualidades. Pero, siendo el problema de este estudio únicamente la psicología del pensamiento, se ha desechado aquella denominación porque la intuición implica el conocimiento.

recido, casi sin dejar huella, quedando tan solo una vaga resonancia. Estos son la razón o motivo que oscuramente ha intervenido, y tan velozmente, que han precipitado a concluir en la exclamación.

Los razonamientos anteriores han sido deductivos, pues la conclusión es derivada de juicios que la contienen, aunque implícitamente pensados. Pero también hay razonamientos espontáneos inductivos. Por lo general, los niños cuando se encuentran con una gran cantidad de objetos, al verlos exclamarán con admiración por la cualidad que ha encontrado en todos ellos e inmediatamente. Han razonado inductiva y espontáneamente porque de cada uno de ellos han pensado su cualidad implícitamente, llegando así a la afirmación general. Para llegar a ella no han necesitado examinar uno por uno los objetos, sino que les ha bastado ver muy pocos. Quizá les hubiese bastado solamente uno. Enseñad a un niño un objeto y preguntará inmediatamente: “¿entonces todas estas cosas son así?”. En esta pregunta va implícita su conclusión, la cual ha sido obtenida inductivamente. Pero, ¿qué justifica que muy pocos ejemplos, o uno solamente, sea lo suficiente para hacer la afirmación general inductiva?. Los adultos para efectuar sus inducciones, tampoco recurren a la enumeración exhaustiva de los componentes de un grupo de objetos. Si han visto uno o muy pocos ejemplares, piensan, sin embarago, que todos poseen una cualidad común. ¿Cual es la raíz psicológica de la inducción? La inducción tiene sus raíces profundas en la tendencia espontánea del pensamiento a la generalidad. Por eso, sin cesar el sujeto induce espontáneamente llevado por esta tendencia. En la inducción espontánea no necesita recurrir a ningún principio, como el de la constancia de los fenómenos de la naturaleza, que justifique la

inducción. A los principios se recurre solamente en la inducción reflexiva. Espontáneamente basta la tendencia.

Los razonamientos espontáneos no serían posibles si no hubiese un silogismo o una fórmula de los razonamientos inmediatos. Realmente, en los razonamientos espontáneos, la conciencia piensa con ellos, pero sin darse cuenta, porque se manifiestan tan fugazmente y con tanta vaguedad que desaparecen tan pronto como se manifiestan, sin dejar rastro. Acontecen a manera de un chispazo que alumbra, pero que inmediatamente deja caer en la oscuridad. Sin este chispazo sería imposible el razonamiento, o dejaría de serlo para transformarse en un juicio, o en otro fenómeno de conciencia, como un recuerdo o una asociación. Sucede lo mismo en el razonamiento que en el juicio, pues aunque espontáneamente no sea ni clara ni fija la fórmula del razonamiento, no deja de manifestarse. No es que espontáneamente no se piense con inferencias mediatas o inmediatas, sino que uno no se da cuenta. En el razonamiento espontáneo la conciencia ve la luz pálida y tenue, pero la ve y según ella se orienta. En el reflexivo, la ve con toda su claridad y brillo.

17. La pregunta espontánea.

Hay tres maneras de preguntar. Por la primera, se ignora completamente la respuesta, ni siquiera se le sospecha, y responde a la fórmula escueta: ¿esto qué es, o para qué es? En la segunda, ya se supone la respuesta: ¿es esto tal cosa? ¿es esto para esto otro? En la tercera, se pregunta conociendo ya la respuesta y se hace con el fin de averiguar si otro la conoce también.

Si se observa las preguntas de los niños, las que igualmente se dan en muchas ocasiones en el adulto, se halla que surgen espontáneamente, como requerimiento de su vida in-

terior, pues no han tenido un estado previo de meditación, sino que emanan como una necesidad de su vida misma. No se puede descubrir en ellas ninguna manifestación consciente que las haya gestado. Son espontáneas porque aparecen súbitamente a la conciencia. Aunque en toda pregunta hay un vacío en el que piensa, en el niño no es plenamente consciente ni duradero, sino solamente una ausencia esporádica que pronto desaparece. En lo concerniente a la respuesta, el niño se satisface con cualquiera que llene su curiosidad, porque no se afana en cerciorarse ni en verificar su verdad. Ahora bien, si en el niño la pregunta emana de una necesidad interior inconsciente, sin embargo, no es propiamente tal o cual pregunta la que se gesta interiormente, sino sólo la actitud para preguntar. Pues las preguntas determinadas se suscitan producidas por los estímulos externos, por las circunstancias ocasionales que se le ofrecen, pues no son precedidas por una elaboración consciente. No se plantea problemas, pues esto constituye una elaboración reflexiva. Por lo demás, es cierto que hay épocas de la infancia en que el afán de preguntar es duradero, pero este estado no es consciente ni la determinada pregunta perdura, sino que surge esporádicamente.

Estas preguntas espontáneas, tan visibles en los niños, se efectúan también en los adultos. Cuántas veces con ocasión de un estímulo ofrecido exteriormente se gesta en ellos una interrogación. ¿No es esta pregunta el origen de infinidad de descubrimientos o invenciones? Cuántas veces algo inusitado, imprevisto, ha provocado una pregunta que ha conducido a los mejores resultados. Es cierto que algunas veces a estas preguntas ha precedido una elaboración, o sea una honda meditación sobre el asunto, porque el sujeto tenía un problema por resolver y al cual no hallaba respuesta, hasta

que una circunstancia ocasional se le ofreció para resolverlo. Pero la pregunta y la respuesta respectiva no habían sido ni siquiera vislumbradas y no se hubiesen producido sin esta ocasión propicia. Por esto, el surgir mismo de la pregunta y su respuesta han brotado espontáneamente, sin preverlo. Otras veces ni siquiera ha habido planteamiento de alguna cuestión, sino que se ha suscitado con motivo de un hecho extraño que se ofrecía. Naturalmente que los descubrimientos e invenciones que se originan se logran plenamente cuando las preguntas van seguidas de la indagación y verificación. Pero esto es un proceso reflexivo, no obstante que el surgir de ellas mismas es espontáneo. En estas preguntas lo que lleva a la invención o al descubrimiento es debido a que van acompañadas de una sospecha de lo que podrá ser, esto es, acompañadas de una idea. La idea que acompaña a la pregunta es la que caracteriza a la segunda fórmula: ¿es esto tal cosa? ¿es esto para esto otro? Por eso, estas preguntas se hallan en los albores de la invención o del descubrimiento. Pero no siempre las preguntas acompañadas de la idea son verificadas, sino que el sujeto se conforma solamente con la idea. Esta lo satisface plenamente y la misma idea se constituye en respuesta. Por tanto, si la pregunta es espontánea, porque brota sin ninguna elaboración consciente, la respuesta es a su vez espontánea cuando el sujeto se conforma con la idea, estando solamente convencido, con vaguedad, de su verdad.

La idea que acompaña a la pregunta es la que da la impresión de que en la pregunta estaba implícita la respuesta. Pues cuando a ésta se le sospecha en la idea, la pregunta la contiene. Se dan conjuntamente preguntas y respuestas. Es esta segunda fórmula de las preguntas la que ha debido llevar a algunos a afirmar que en toda pregunta está ya implí-

cita la respuesta. Pero esta afirmación es sólo válida en lo que respecta a la segunda fórmula. De igual manera, cuando alguien pregunta para saber si el interrogado conoce la respuesta, conociéndola ya él mismo, puede sostenerse que la pregunta implica la respuesta.

18. Manifestación espontánea de las categorías.

La categoría de causalidad se manifiesta desde los estadios más primitivos. Así, en el mismo instinto de conservación hay la exigencia de la causalidad. Si alguien se siente amenazado de peligro por la presencia de un animal, reaccionará ya sea por la huida, ya sea por el ataque. Pero en su reacción no ha intervenido solamente una tendencia instintiva, sino que ha sido acompañada de un pensamiento. Este ya es una forma de la causalidad por cuanto la presencia del animal es para el individuo causa de efectos desastrosos. Por eso el instinto, en los seres pensantes, va acompañado de una primitiva forma de causalidad. Mejor dicho, la causalidad es primitivamente una forma del pensamiento que se halla al servicio del instinto.

En la actividad se halla también el sentido de causalidad. El ser que actúa siéntese causante de la modificación de los fenómenos; de otra manera no emprendería sus acciones. Ahora bien, cuanto menos desarrollada se halle su conciencia, tanto más espontánea es el sentimiento de causalidad que lo incita a la actividad. Pero, desde el momento que pueda someterla a la consideración reflexiva, por hallarse plenamente consciente, en su actividad se le manifestará la causalidad claramente. Por supuesto que esta última tiene sus raíces en la primera, lo que explica que el pensamiento de causalidad se origine en la actividad misma. Primitivamente, pues,

en la actividad el ser ya se piensa en sí mismo como la causa, aunque todavía vagamente.

También se efectúa una transposición por cuanto se piensa a los otros como causantes de la modificación de los acontecimientos. Por eso desde la niñez ya se presiente la influencia que otro ejercerá en la modificación de un hecho físico. Por ejemplo, si alguien coge una piedra se presiente que éste será el causante de su lanzamiento. Además, si se ve que algo se resbala o se halla sin ningún apoyo, desde la primera infancia se presiente que se va a caer. Ahora bien, parece que esta manifestación especial de la categoría de causalidad, concerniente a la fuerza de gravedad, es la más primitivamente captada por el ser pensante. Esto se debe, sin duda, a que la gravedad es un fenómeno tan universal y tan frecuente en sus efectos, que en todo momento hay ocasión de presenciándolo. Esto explica que desde muy temprana se haya grabado en el sujeto. En los mismos animales se comprueba la presencia de la causalidad por gravedad. Esta es pues la manifestación más espontánea de la causalidad. Las otras formas de causalidad están ausentes en el animal; y en el niño cuanto más pequeño es. En efecto, los otros fenómenos se encuentran totalmente alejados de su mundo. En estadios posteriores de la mentalidad humana, la causalidad tiene nuevas formas de manifestarse.

En los pueblos primitivos predominan las formas espontáneas de la causalidad. Así, todo lo que se da conectado sucesivamente en el tiempo es considerado como hallándose en la relación de causa a efecto. Por ejemplo, entre los pueblos muy primitivos, el canto del gallo es causante del amanecer. En otros pueblos, si un hombre ha sido herido por una flecha, se cree que tratándose la flecha de una manera especial se curará la herida. Hallándose la flecha conectada visi-

blemente y de manera inmediata con la herida, se le cree la causa única y decisiva. La flecha y la herida forman una conexión causal indesligable. No se puede prescindir de la primera para influir en la segunda, pues se han sucedido en el tiempo como causa y efecto. La imposibilidad de discriminar en lo dado sucesivamente en el tiempo, tiene sus hondas raíces en la tendencia primitiva a considerar lo dado como un todo, sin analizar sus partes. Pero, no sólo sucesivamente dado en el tiempo, sino también lo dado contiguamente en el espacio, es considerado como un todo cuyas partes son inseparables; e influir sobre una de ellas es influir sobre los demás. Para los primitivos, la sombra, las uñas, los cabellos, las sobras de los alimentos están tan íntimamente unidos con la persona, que ejercer maleficio sobre ellos es influir sobre la persona misma. En el primitivo no está desarrollada todavía la facultad de analizar las partes del todo, estableciendo la distinción entre ellas. El pensamiento, en sus manifestaciones más primitivas o espontáneas, no analiza aún. No puede, por tanto, apreciar lo peculiar de cada fenómeno, sino que confunde cada uno de ellos en el todo. La categoría primitiva de causalidad es motivada, pues, porque el pensamiento no analiza las partes del todo.

19. Características del pensamiento espontáneo.

Descritas las manifestaciones espontáneas del pensamiento, hay que precisar ahora sus principales características. El proceso espontáneo del pensamiento brota inmediatamente, sin que haya habido una elaboración consciente que lo provoque, sin que el sujeto haya pretendido producirlo. Esto se debe a que está condicionado interiormente por una necesidad interna, y porque exteriormente lo está por los estímulos. Naturalmente que la necesidad interna y el excitante

externo se refuerzan mutuamente, pero aisladamente uno u otro factor favorecen su aparición. Por estar el pensamiento condicionado interna y externamente, se produce según las circunstancias del momento, adquiriendo, por tanto, el carácter de esporádico. Es cierto que puede estar orientado por una idea, por una semejanza o por una diferencia, teniendo algún sentido; pero la idea surge sin intentarlo, y la semejanza o la diferencia guían sin pretenderlo. La momentaneidad del pensamiento condiciona que se manifieste imprecisa o vagamente y, a lo sumo, con la claridad de las ideas. En el caso extremo, se piensa sin ser consciente, sin darse cuenta de que se piensa. Además, por hallarse condicionado por las necesidades internas que emanan de las exigencias activas del sujeto, las cosas adquieren principalmente el significado de medio para un fin. Por todo esto, en el juicio el sujeto está implícito, y en el razonamiento lo están los juicios. Los conceptos son indefinibles porque se actualizan solamente según lo exijan las circunstancias, y por la imprecisión de los juicios que los han constituido. Las preguntas surgen sin pretenderlo, ocasionadas por una necesidad interior, que se revela con motivo de un estímulo externo, y se satisfacen con la respuesta que a lo más es una idea. El pensamiento espontáneo es, pues, como proceso, inmediato y momentáneo; y como acto, impreciso o implícitamente dado.

II

PENSAMIENTO REFLEXIVO

1. La actitud objetiva ante las cosas.

Espontáneamente las cosas significan medios útiles para un fin, significación captada de manera inmediata y momentánea, respondiendo a una necesidad impulsiva que requiere

satisfacción, y por lo cual las cosas, asumiéndose una actitud subjetiva ante ellas, revelan aspectos parciales solamente. En cambio, reflexivamente los pensamientos surgen sin que haya tenido el sujeto un impulso por satisfacer, considerándose los objetos de manera contemplativa. Asumiéndose una actitud objetiva, las cosas significan por lo que son en sí. Es cierto que algunas veces se piensa reflexivamente sobre las cosas considerando para lo que son, y se establece con ellas una relación de medio a fin. Sin embargo, este pensamiento no ha sido suscitado por una tendencia utilitaria porque, en estos casos, no son las urgencias del momento las que obligan a pensar, concentrándose el pensamiento también alrededor de las cosas mismas. Dos factores han provocado estos pensamientos que se refieren a las cosas mismas: la presencia estimulante de los objetos, y la aspiración interior que es la tendencia puramente intelectual de aclarar su significado. Esta última es diferente de la tendencia instintiva; es, llanamente, la tendencia a pensar de las cosas las cualidades que en sí misma poseen. Sucede, pues, que el pensamiento es siempre provocado por una tendencia, ya sea instintiva, o ya sea puramente intelectual.

Si en la actitud reflexiva el pensamiento está dirigido a lo que las cosas sean en sí, y también considera en ellas su valor de medio a fin, sin embargo, esto último se obtiene posteriormente, pues se desprende sólo cuando se ha considerado las cualidades de los objetos, cuando se ha determinado lo que sean en sí. Este es el orden reflexivamente. Por supuesto que en la intención sucede a veces lo inverso, si el deseo de averiguar para qué es tal cosa prece a la averiguación de sus cualidades; pero esto no evade el orden reflexivo. Cuanto más reflexivamente se piensa la utilidad, tanto más exhaustivamente se conoce previamente las cualidades de las cosas como

son en sí. A medida que se reduzca el conocimiento de ellas, éste se hallará más próximo a lo espontáneo. En efecto, en el pensamiento espontáneo es también indispensable establecer las cualidades de las cosas para hallar su utilidad; pero se limita a la cualidad que en el momento se ve como el medio útil para un fin.

Estando el pensamiento vuelto hacia las cosas en la actitud reflexiva, busca, por eso, la adecuación de lo que piensa con los objetos. Por consiguiente, tanto mayor será la posibilidad para la completa adecuación, cuanto más objetiva y contemplativamente se les haya considerado. En cambio, esta posibilidad se haya alejada en el espontáneo.

2. Claridad en el pensamiento.

En la actitud reflexiva, al ser posible considerar contemplativamente las cosas, teniéndolas al frente de uno para observarlas, se hace posible que las que se hallen alrededor de uno, sean pensadas con claridad, poseyendo la certeza de cuáles sean sus cualidades, y no pensarlas con imprecisión o indeterminadamente. En la reflexión los pensamientos se diseñan con nitidez, adquieren formas definidas, pues lo que los objetos significan está claramente representado en la conciencia. Aquello que se examina, revela cuáles son sus partes, en qué consiste cada una de ellas, cómo se relacionan con las demás y cuáles son las funciones que desempeña de manera especial el objeto en el conjunto de pensamientos, o sea, cuáles son sus atributos específicos. Se tiene una visión clara del objeto, pues se sabe con exactitud las cualidades que posee, al agotar las significaciones que puede proporcionar. Además se tiene el sentimiento de la claridad de lo que se piensa. Ahora bien, la claridad en el pensamiento se refiere tanto a lo que se percibe como a lo que se representa o ima-

gina solamente, como a aquello cuyas significaciones son abstractas y no concretas como lo anterior. El conocedor de la agricultura tiene un concepto claro de los objetos de labranza que son por él percibidos, como de la misma ciencia de la agricultura que es una concepción abstracta. En la actitud reflexiva se piensa, pues, con claridad y nunca vagamente.

3. Fijación del significado de los objetos.

Para pensar con claridad es necesario estabilizar los contenidos del pensamiento, que no se escurran, pues así, al dirigirse a ellos, se les considerará con detenimiento. Por eso, fíjense las relaciones en torno de los objetos, mostrándose invariables sus significados. Esto se revela tanto en los juicios como en los conceptos formados a base de ellos. La fijación es la condición óptima para ver con claridad el contenido de los pensamientos. Se puede estar contemplando un objeto en movimiento, pensando esporádicamente en sus características, lo que brotará, sin pretenderlo, según el azar de las circunstancias. Pero, al fijarse detenidamente en dicho objeto, se estabilizan las relaciones, juzgando lo mismo en cada ocasión que se haga una referencia a él, pues las cualidades que se le atribuye son siempre las mismas. Igualmente se procede cuando se piensa en un objeto en general. Por tanto, se pensará las mismas cualidades de las cosas todas las veces que se reflexione sobre ellas; y pensando siempre lo mismo, las significaciones sobre el objeto se fosilizan, estereotipándose. Por eso, cuando se considera los mismos objetos nuevamente, no se ve las cualidades que ofrecen, sino las que de ellos ya se sabe, y nada más. De esta manera llegan a anquilosarse los pensamientos.

4. La duración del pensamiento reflexivo.

Si espontáneamente se piensa según las exigencias del momento, en cambio, reflexivamente, el mismo objeto no es ya de interés para satisfacer una necesidad vital; ahora a lo que se aspira es a conocerlo, averiguando qué sea este objeto hasta lograr determinar cuál sea su característica esencial que lo distinga de los demás.

Apartándose el pensamiento de las necesidades inmediatas de cada momento, de la fluctuación incesante del significado de las cosas, trata de objetivarlas y fijarlas. Si bien esto trae a veces la desventaja de estereotipar los contenidos del pensamiento, tiene la ventaja de permitir dominar la relatividad de las consideraciones subjetivas. Por eso, las mismas cualidades son atribuidas a diferentes objetos, siempre que respondan a los atributos establecidos. De esta manera adquieren una validez que no se limita a tal o cual objeto, variable según los momentos, sino que al pensar lo mismo siempre, surge la conciencia de la validez general de las cualidades. Desde ahora, al remontarse por encima de las situaciones subjetivas y momentáneas, lo que libera de la inestabilidad o contingencia de las circunstancias, no se vive ya la caducidad sino la permanencia o duración de lo pensado.

5. Reflexión sobre las semejanzas y diferencias.

En la duración reflexiva está contenida la posibilidad de la generalización, pues si se piensa lo mismo sobre un objeto, cada vez que se ofrezcan diversos ejemplares, se reafirmará la conciencia de que en todos ellos hay algo de común.

¿En qué consiste la conciencia de generalización? Si al ver un objeto se piensa en sus cualidades y al ver otro se pien-

sa nuevamente en dichas cualidades, ha habido un pensamiento igual, pero sin pensar todavía en la igualdad, porque no se ha dado uno cuenta que es lo mismo lo pensado en uno y otro caso. Sólo desde el momento en que se piensa la igualdad, aunque sea de dos objetos, hay ya un esbozo de generalización. Esto sucede espontáneamente cuando, incitados por las urgencias del momento, se piensa la semejanza de las cosas como útiles para los mismos fines. Pero también sucede reflexivamente, cuando han sido puestos de lado los impulsos. Naturalmente que la igualdad y la generalización implican pensar las semejanzas; sin embargo, contienen algo más. En efecto, pensar la igualdad requiere pensar la semejanza, pero es una conciencia más clara de esta última; asimismo, la identidad es la representación más clara aún. Ahora bien, tanto en la igualdad como en la generalización se piensa la semejanza de los objetos y, además, que “dos o más objetos” tengan una característica común. La conciencia, entonces se refiere también al número de objetos. Por esto, no es apropiado hablar de una generalización espontánea, porque en ésta se piensa solamente la semejanza de un número de objetos, pero no el que un número de objetos se asemejen. En esta inversión del pensamiento está ya presente la actitud reflexiva. La generalización también permite pensar la especie o género, o sea, que un grupo de objetos posee exclusivamente una determinada cualidad, ajena a los demás. Se tiene la vivencia de una cualidad *sui generis*, la cual es esencial al grupo de objetos.

Lo dicho de la igualdad y de la generalidad, a propósito de las semejanzas, se afirma de la diversidad y de la individualidad, a propósito de las diferencias. Es posible pensar una cualidad y después otra diferente, sin darse uno cuenta de que difieren, pues no es lo mismo pensar cualidades dife-

rentes que pensar la diferencia entre ellas. Aun cuando esto último también surge espontáneamente, sin embargo, se distingue de la actitud reflexiva en que aquí hay una conciencia clara de la diferencia. En la reflexión sobre la individualidad de un determinado objeto, se encuentra en él un conjunto de cualidades que lo diferencian definitivamente de los demás.

6. La abstracción reflexiva.

Descritas las características del acto del pensamiento reflexivo, queda por averiguar las de su proceso. Lo que primero se ofrece es la abstracción. Esta es el proceso en el cual: 1.º) Se separa de un objeto dado una cualidad y 2.º) Se extrae de varios objetos una cualidad común.

En el supuesto de que por primera vez se haya visto un objeto de una especie rara para el que lo observa, ¿se podrá acaso, con un solo ejemplar, distinguirlo de las demás especies de objetos? Por supuesto que sí, aunque naturalmente no se le distinga de las demás porque esto supondría que ya se les conoce. Cabe, sin embargo, captar sus características con las que se le separará de los ya conocidos y de los que se conozca en adelante. Al compararlos se comprobará sus diferencias. Al examinarlo se hallará que posee un conjunto de atributos, con los cuales se ha formado el concepto de este objeto. Al mismo tiempo, uno se ha dado cuenta que posee atributos comunes a otros objetos, pensando su semejanza con ellos. Pero también se ha hallado que posee otros atributos que lo distinguen, pensando sus diferencias. Si se le examina con mayor detención se encontrará en él un atributo muy peculiar que lo distingue definitivamente de los demás objetos. En este momento se separa del objeto una cualidad llamada fundamental, con lo cual ha llegado a su término la abstracción.

¡Sólo ha bastado un ejemplar! Naturalmente que en el proceso se ha hecho uso de la imaginación, en la cual se ha comparado las cualidades de este objeto con los ya conocidos. Ahora bien, aun cuando en el proceso psicológico por la asociación de ideas, no se pueda impedir la intervención de estas últimas, esta comparación llevada a cabo por la imaginación no es indispensable. En efecto, en la actitud de la conciencia, lo que ésta busca es hallar en el objeto un conjunto de cualidades con lo cual tener una concepción clara de este objeto, indiferentemente de los otros. Por eso, habiendo comenzado la abstracción con un sólo ejemplar, se entiende por esencial o esencias, dos significados. Por el primero, es el conjunto de atributos o cualidades fundamentales, desdeñando las accesorias. Son fundamentales aquellas que se piensa que siempre ha de ser así, y accesorias, las que se considera que sólo circunstancialmente se presentan. En este caso, se puede captar lo fundamental o esencial, y lo accesorio, en un ejemplar solamente, sin tener que compararlo con los otros, pues son suficientes las cualidades que él mismo ofrece. El segundo significado de esencial o esencia, consiste en pensar de un objeto sus atributos característicos, distinguiéndolo definitivamente de los demás, ya sea de los otros objetos de su misma especie, que lo distinguen como individuo, ya de las otras especies que, como ejemplar, lo distinguen. Mas, para esto ha sido necesario que se le compare con los demás, aún cuando en la imaginación solamente, estableciendo así en que se asemejan y en que se diferencian, hasta hallar sus caracteres genuinos. En este sentido, la abstracción requiere la comparación de las semejanzas y de las diferencias, hasta pensar una cualidad *sui generis*, que es la cualidad esencial.

En el caso de hallarse en presencia de dos o más objetos, en los cuales resaltan sus semejanzas, la abstracción consiste

en separar de ellos una cualidad común, llamada fundamental o esencial. Para esto, hay que prescindir de lo accesorio. Ahora bien, en este caso es inevitable que se les compare y encuentre una cualidad común, pues lo contrario, es una imposibilidad psicológica en este género de abstracción. Sin embargo, por el hecho que la conciencia no pueda tener al mismo tiempo dos contenidos con plenitud consciente, es natural que en el mismo instante no piense lo fundamental y lo semejante. Pero esta imposibilidad es de la conciencia y no del pensamiento. Pues, al pensar, lo que se busca es el atributo fundamental que es también común. Teniendo en cuenta esta intención, se habla de lo fundamental y común simultáneos. El hecho que se piensen en instantes sucesivos no tiene aquí importancia. Ahora bien, en este caso, estando en presencia de dos o más objetos, lo esencial tiene dos significados. Por el primero, la abstracción es pensar lo fundamental que es lo común o semejante. Por el segundo significado, lo esencial es lo genuino o específico de los objetos, y que lo diferencia de los demás. La abstracción recoge estas características. Pero, para lograr esto, hay que compararlos, aunque sólo fuese en la imaginación; y al abstraer lo esencial hay que pensar la diferencia de lo fundamental. Esto último, sin embargo, no obliga a pensar las semejanzas accesorias con los otros objetos de distinta especie. Si se trata de extraer de un mismo objeto una cualidad que se halle diversamente repartida, para abstraer es necesario comparar los diversos sitios, encontrando la cualidad semejante. Siendo lo importante desde el punto de vista estrictamente psicológico el que se den a la conciencia diversos contenidos de conciencia, cualitativamente semejantes o diferentes, no es de importancia el que se den separados o juntos espacial o temporalmente, o que se den en un mismo

objeto. Siendo para el pensamiento diversas cualidades en los dos casos, no se afecta el proceso de la abstracción.

Un antiguo problema de la psicología se pregunta: ¿qué es lo primero, la abstracción o la generalización? Ahora bien, en este problema lo que propiamente se averigua, es si lo primero es pensar lo esencial (abstraer) o pensar lo general. Se puede contestar que para el primer caso, considerado en los párrafos anteriores, este problema no existe, pues se produce la abstracción - de lo esencial - sin que sea necesario pensar lo general - o las semejanzas. En cambio, para el segundo caso, la abstracción de lo esencial se produce al mismo tiempo que el pensamiento de las semejanzas de lo general. Es cierto que hay un grado mayor de generalización en el cual, después de haber comparado dos o más objetos, y pensado lo esencial al mismo tiempo que su semejanza, se afirma que estos objetos son iguales. Aquí parece que la generalización es posterior a la abstracción de la esencia común; y efectivamente así lo es. Pero, sólo porque es un grado mayor de reflexión en el cual se piensa con mayor conciencia o claridad la esencia común. No obstante, esta afirmación no desvirtúa la gestación simultánea del pensamiento de la esencia y de lo común de esta esencia. Es, por tanto, indispensable la simultaneidad, si se considera el proceso en su gestación, aunque haya cabida para una generalización posterior más reflexiva.

7. Cavilación y meditación.

Espontáneamente, los conceptos, juicios, ideas, etc., surgen según las ocasiones, ya por los estímulos externos, ya por los impulsos interiores; pero, cesan al mismo tiempo que éstos desaparecen. El sujeto no pretende influir en su

aparición, sino que, piensa sin intentar hacerlo. No sucede lo mismo en la reflexión, pues ésta intencionalmente pretende suscitar la aparición de sus pensamientos. Por eso, no están sometidos al azar de las ocasiones, pues nacen provocados por la actitud reflexiva. Esta encauza de diversas maneras el proceso de los pensamientos. Así sucede en la abstracción reflexiva y en otras que se verá a continuación. Entre éstas puede señalarse la cavilación y la meditación. En la cavilación, el sujeto se halla solo con sus pensamientos, pues no se ayuda de ninguna percepción ni de ningún instrumento usado en la experimentación para indagar; ni tampoco, en grado máximo, se recurre a algún apunte o nota escrita anteriormente. Pues, de lo que se trata, es de hacer surgir un nuevo pensamiento. Si bien lo anteriormente pensado ayuda a provocarlo, actúa inconscientemente, pues la reflexión no lo toma en cuenta; de lo contrario sería un recuerdo de pensamientos. Por supuesto que toman parte los recuerdos, pero únicamente en cuanto éstos han de prestar alguna ayuda para forjar lo nuevo. Aún más, si lo pasado se hace presente, el sujeto no le presta reconocimiento. No se sumerge, pues, en la rememoración de las cosas pasadas; piensa los recuerdos, pero no recuerda los pensamientos.

Afanándose en encontrar nuevos pensamientos y hallándose solo entre ellos, el sujeto pasa alternativamente por dos etapas. En una de ellas cavila, se sumerge dentro de sí mismo para extraer de la nada o vacío actual de su conciencia, la luz de un pensamiento. Se halla sin derrotero en las tenebrosas oscuridades de su conciencia, cerrándose otros caminos, como la percepción, el recuerdo, los sentimientos, los impulsos. Y aún la misma imaginación queda relegada, porque lo que pretende es producir ideas y no representar o combinar imágenes. Solamente hay algo que lo liga a la vida de la con-

ciencia: la tensión que experimenta su espíritu, de una conciencia que ha detenido su curso. Cavila, pero hay una cavilación sin pensamientos; quiere pensar, pero no lo logra aún. Por fin surge súbitamente una idea, la cual es todavía imprecisa, vagamente esbozada, tendiendo a esfumarse, a apagarse nuevamente. Pero el sujeto la aprehende, la retiene en su conciencia, hasta que logra verla claramente. Entonces, o la desdeña o le da su aceptación para eslabonarla con otras ideas que hayan de surgir. El sujeto cae de nuevo en la cavilación hasta que se suscite una nueva idea. Naturalmente que estos estados alternados son de variable duración, porque tan pronto hay una larga cavilación vacía de pensamientos, como tan pronto se produce el pensamiento instantáneamente. También surgen ideas escasas y pobremente revestidas, o surge un chorro de ideas ricas en significaciones y que se suceden inesperadamente. Este es el momento de la inspiración fecunda; ahora se medita con pensamientos que se entrelazan unos con otros. Si en un principio el sujeto buscaba las ideas sin lograrlas, ahora las logra sin buscarlas. El proceso de su conciencia está ya encauzado, desenvolviéndose movido por el impulso inicial, y se detiene sólo cuando éste cesa, recuperando el movimiento cuando otro viene a incitarla nuevamente. En resumen, en la cavilación hay ausencia de pensamientos, experimentándose únicamente la tensión de la conciencia; en la meditación, en cambio surgen los pensamientos.

8. Idea reflexiva.

La idea reflexiva es otra forma de encauzamiento reflexivo del pensar. Supóngase que alguien se aventure a pronunciar un discurso que no es leído—, y que lo había meditado anteriormente. Sucede que en el discurso, aun siendo de

larga extensión, sin embargo, los pensamientos se manifiestan más o menos ordenadamente en el lugar apropiado. Esto es posible cuando ya se ha formado la idea clara de la relación entre las partes, la que, no obstante, no se halla de antemano establecida definitivamente, porque esto sería pronunciar un discurso de memoria; se ha pensado únicamente cuál haya de ser la relación de preferencia, dejando margen a posibles oscilaciones que permitirán introducir oportunamente los pensamientos inesperados. Es este margen de posibilidades no previstas lo que permite hablar de ideas reflexivas, porque en la idea siempre hay algo que no se establece de manera definitiva. La relación se vislumbra paulatinamente, y apoyándose en ella se desenvuelven los pensamientos, pues esto basta para orientarlos. La ordenación se precisará y fijará a medida que se desenvuelva el discurso. Ahora bien, al comenzar existen dos ideas: la idea de lo que se va a decir y la idea de la forma como se van a ordenar los pensamientos. Son ideas porque dejan margen a las inesperadas ocurrencias posteriores y, además, al comenzar, aun cuando se haya pensado previamente, sucede a veces que, en el momento inicial, uno se aventura en el discurso sin estar seguro, por no haberlo reflexionado nuevamente. Es cierto que la primera idea puede manifestarse con claridad desde un principio, o ser imprecisa y aclararse en el transcurso del discurso; en cambio, la segunda idea se manifiesta siempre con imprecisión, pues no hay nadie capaz de establecer, en el instante del comienzo, el orden definitivo a sus pensamientos. En los llamados discursos improvisados, aun cuando ya se haya meditado de antemano, la ordenación en todo caso se produce a medida que se desenvuelve; y cuando es una idea que ha surgido por primera vez en una conversación, ésta es más imprecisa aún, aclarándose y ordenándose su oposición al debatirla.

Las dos ideas del discurso: la que expresa lo que se pretende decir y la que ordena, son las que explican su unidad, pues abarcan los pensamientos, conectando todas sus partes. En efecto, en las ideas se relaciona el principio y el fin del discurso, lo que constituye, en el fondo, un sólo pensamiento dentro de la variedad de los que se producen; estas ideas yacentes son las que lo alimentan y lo hacen comprensible. Si se considera, no a quien habla, sino a quien escucha, se comprueba el mismo proceso, pero en orden inverso. A quien le expliquen algo que tiene muchos aspectos, pero que constituye en el fondo un sólo asunto, al comprenderlo es necesario que establezca la unidad de lo escuchado, relacionando todas sus partes. Esto acontece cuando capta la idea de lo que se ha querido decir y la idea que ha ordenado lo entendido. Para comprender plenamente esta segunda idea, hay que haber comprendido la primera. Sin embargo, a esta última se llega plenamente cuando se ha establecido la relación entre las partes. El que escucha, tiene previamente las ideas y después suceden las partes del pensamiento; el que habla, primero las partes y después las ideas. Naturalmente, antes que acabe el que habla, es posible entender lo que pretende decir; pero, en todo caso, sólo se le entiende completamente cuando ha terminado. Lo que interesa psicológicamente no es este requerimiento cuantitativo para la comprensión total, sino el que primero haya que escuchar las partes, ya sea pocas o muchas, para lograr la comprensión de lo que se haya pretendido comunicar; y el por qué de su ordenación. Entonces, tanto al explicar como al escuchar, hay que relacionar todos los momentos a la vez, y dejarse llevar por la idea interior que presta unidad orgánica al conjunto y le imprime movimiento.

9. Síntesis y análisis.

Cuando el pensamiento se dirige reflexivamente a sus objetos, averigua minuciosamente de qué se trata, y no se conforma con aprehenderlos tal como se le presentan. Para lograrlo es necesario que descomponga el objeto dado en sus partes y las vuelva a unificar, considerándolas nuevamente en conjunto. Busca determinar, por medio del análisis, las características del objeto, sus propiedades, y una vez halladas, se esfuerza en pensarlas unificada, sintéticamente; analiza el objeto y, después, lo sintetiza. No se conforma con analizar sucesivamente sus partes externas, pues, si es posible, lo desmenuza para averiguar su contenido interior. Si no realizase la función de síntesis, bastándole el análisis, quedaría incompleto. Así es explicable que la síntesis requiera el análisis; por lo menos, la síntesis reflexiva así lo exige. Y cuanto más reflexivo es el pensamiento, tanto más exhaustivamente analiza las partes del objeto. Esta propensión hacia el análisis es la que delimita poco a poco las partes contenidas en los conceptos, es la que paulatinamente incrementa las ramas de una disciplina del saber, al no satisfacer el pensamiento con la aprehensión global, sino analizando uno por uno los contenidos, para hallar después lo unitario que hay en ellos.

En todo pensamiento, por el hecho de existir una relación, se dice que se ha producido una síntesis. Es evidente que al relacionar un objeto con otro se establece la síntesis entre los dos componentes del pensamiento. En este sentido, todo pensamiento, aún el espontáneamente producido, requiere siempre la síntesis, porque sintetizar es relacionar algo con otra cosa. Mas, desde este punto de vista, lo que se toma en cuenta es la facultad misma del pensamiento que se halla yacente, y sin la cual sería imposible relacionar, sería imposi-

ble pensar. En la conciencia, en el acto espontáneo, se vive la síntesis natural; en cambio, reflexivamente, la síntesis es la clara conciencia de la relación, claridad que se produce cuando se ha considerado aparte los componentes, o sea, después del análisis previo. Se han hecho explícitos cada uno de los contenidos, manteniéndolos separados y teniendo conciencia de su aislamiento, para unificarlos o sintetizarlos posteriormente. Por esto, en el juicio reflexivo, el análisis precede a la síntesis. Ahora bien, si esto sucede, lo contrario, o sea que la síntesis precede al análisis, es también verdadero, si se toma en cuenta el análisis reflexivo que parte de la síntesis espontánea, pues, cabalmente, la reflexión se esfuerza en separar de aquellas impresiones los elementos implícitos que están vagamente contenidos. En resumen, de lo anterior se desprende: 1) La síntesis espontánea que no requiere del análisis; 2) El análisis reflexivo que parte de la síntesis espontánea; 3) La síntesis reflexiva que exige el análisis reflexivo.

10. Comparación y ordenación.

El pensamiento reflexivo, cuando se halla ante los objetos; dentro de la multitud de los que le son dados, analiza las cualidades de cada uno de ellos para someterlos después a una comparación. Por ejemplo, si se ha dado la tarea de reflexionar sobre cuestiones de alguna ciencia, después de haber analizado las cualidades de ciertos elementos que la integran, los somete a la comparación. Al compararlos busca determinar las cualidades que les son comunes y las que les son distintas. Averigua, además, qué leyes rigen a unos componentes y qué leyes a los otros, esto es, qué leyes semejantes los rigen; y también, qué leyes diferentes los distinguen. En la comparación se busca, pues, las semejanzas y las diferencias de los objetos.

Realizada la comparación, el pensamiento reflexivo procede a ordenar sus objetos, dando a cada uno de ellos el lugar debido que guarda respecto a los otros. La ordenación se efectúa según las semejanzas y las diferencias halladas en la comparación, agrupando los objetos que presentan una cualidad común, separándolos de los que se diferencien. Este mismo proceso continúa varias veces, ordenándose los objetos cada vez más según semejanzas o diferencias más sutiles. Al final de la tarea los objetos son expuestos en un orden en que resaltan las semejanzas y las diferencias; y de tal manera que entre ellos se establece una conexión sucesiva según aquéllas. Ahora bien, si la comparación sirve de base a la ordenación, a su vez, el mejor camino para comparar consiste en analizar previamente. Así, el análisis, por intermedio de la comparación, conduce a la ordenación adecuada.

11. Indagación.

Al tratar sobre la cavilación y la meditación, se ha comprobado que en la actitud reflexiva el sujeto no espera que súbitamente se le aparezcan los pensamientos, pues él mismo va en su busca. Ahora bien, en la indagación no se trata exclusivamente de producir pensamientos, sino de la búsqueda de objetos para el pensamiento, obtenidos al contacto directo con la realidad. Naturalmente que la indagación se auxilia con la meditación; pero en tanto que ésta se halla sola con sus pensamientos, aquélla se encuentra ante la presencia misma de los objetos. Estos pueden ser directamente percibidos, como en la investigación científica que aborda los hechos materiales, o ser solamente imaginados o intuídos idealmente, como proceden las disciplinas del espíritu. Prescindiendo de la naturaleza misma de los objetos, ya sean materiales o ideales, la actitud del pensamiento es igual. Tiene la doble fina-

lidad de determinar las características inherentes de los objetos, en qué consisten, y las razones que explican su existencia, de que sean así y no de otra manera. Por la primera describe a los objetos y, por la segunda, los explica. La descripción y la explicación son manifestaciones del pensamiento reflexivo.

Ahora bien, cuanto más desarrollada sea la reflexión, tanto más propende a agotar previamente la descripción antes de abordar la explicación. El que no conoce bien, difícilmente podría explicar el objeto debidamente. Si la descripción es tanto más reflexiva cuanto más exhaustivamente se determina las cualidades del objeto, la explicación lo es cuanto más se haya desenvuelto la descripción.

En la actitud reflexiva, el que explica emite una hipótesis y no se conforma con la primera explicación que halle. Se ha visto que la idea espontánea es una hipótesis, porque en ello se vislumbra la verdad y guía el proceso del pensamiento. En cambio, reflexivamente, la hipótesis, aun cuando es una suposición, está claramente establecida; es una suposición definida, explícita, o completamente objetivada. Con la hipótesis reflexiva se indaga la verdad; y uno de los caminos más eficaces para alcanzarla es la experimentación. Ambas, la hipótesis y la experimentación, son tanto para determinar los atributos de los fenómenos como para determinar las causas de los mismos.

La indagación no describe y explica una vez solamente, pues retorna sobre los objetos para comprobar si efectivamente son como los ha descrito y explicado; comprueba y verifica los aciertos. En la verificación ya se creen, de manera definitiva, en la solución dada a la cuestión. Se siente uno poseionado de la verdad, al contacto con la realidad misma; se experimenta un sentimiento de certeza indubitable.

Se ha dicho que la meditación auxilia a la indagación. En efecto, la auxilia con la "experimentación mental". Aquí el pensamiento procede como si estuviese en contacto con la realidad, pues su proceso es igual en las dos clases de experimentación, al suponer ya una cosa, ya la otra, dándose las razones para aceptarlas o rechazarlas

12. Correlación del concepto y juicio reflexivos.

Queda por abordar las manifestaciones especiales del pensamiento reflexivo. En primer lugar puede estudiarse la correlación del concepto y del juicio. Sucede que espontáneamente los conceptos y los juicios se gestan por las necesidades del momento, variando según varíen ellas; y su correlación es tal que, según las ocasiones, los juicios constituyen los conceptos y los conceptos se actualizan en los juicios. Esto no acontece reflexivamente, pues, por un lado, el sujeto mismo intenta, prescindiendo de las ocasiones inesperadas, formarse un concepto de las cosas; por otro lado, pretende establecerlos claramente y fijarlos en lo posible de manera definitiva, y que no sean movidos por la contingencia de los acontecimientos. El concepto reflexivo también se gesta por la emisión de juicios, pero se halla virtualmente contenido pues nadie puede tener presentes en un mismo acto de conciencia las diversas cualidades que les atribuye a los objetos. Es necesario recurrir nuevamente a los juicios, en los que se actualiza lo contenido virtualmente, para tener una conciencia clara del concepto del objeto.

En lo que se refiere a la definición, cuanto más se fija o aclara los contenidos del concepto, tanto más definido se halla éste, porque la definición es, psicológicamente, la máxima fijación o aclaración de los pensamientos. Originada

en los juicios, la definición se transforma en la virtualidad de los conceptos. Desde aquí, a su vez, se despliega en actos de juicios, cuando se define lo que se concibe sobre un objeto.

Actualizando el juicio los contenidos virtuales del concepto, se tiene la impresión de que el predicado se explicita, habiendo estado implícitamente en el concepto. Esto es cierto, si se entiende por implícito su virtualidad. La actualización es posible por un esfuerzo de la atención, la cual trae a la conciencia el contenido del pensamiento, yacente en la subconciencia. En efecto, el concepto es el estado subconsciente del pensamiento, pues habiéndose gestado en la conciencia misma, espera virtualmente en la subconciencia el poder de actualizarse. Naturalmente que en la actualización no se añade nada al contenido virtual del concepto; y el que actualiza tiene la impresión de que extrajera el predicado del concepto, como si éste último fuese ya consciente, y de que no amplía su conocimiento, sino que únicamente recuerda su concepto. Pero, psicológicamente, la verdadera vivencia es la de actualizar el contenido virtual y es cierto que el concepto actualizado es un recuerdo de lo ya conocido. Esto no significa que este juicio extraiga lo que es ya pensado, aunque confusamente, pues propiamente no es pensado, sino que fué pensado y conservado virtualmente, y ahora se le piensa recordándolo. La impresión de que es pensado confusamente se explica porque, en el esfuerzo por actualizar, se cree estarlo ya pensando confusamente. Pero en este momento se halla uno en trance de actualizar y no se está pensando propiamente. Sólo se piensa en el acto del juicio. Quizá como en el momento de la actualización no se piensa todavía con claridad, esto dé la impresión de que se piensa confusamente en el concepto.

13. Concepto y definición.

Averiguando cuáles sean las características del concepto reflexivo, se halla que dos tendencias principales encauzan su gestación. La primera propende a agotar todas las significaciones del objeto, en el afán de lograr una concepción estable o definitiva acerca de él. El que se alcance o no, depende de la naturaleza misma del objeto, lo cual es ajeno al pensamiento; pero, la reflexión siempre tiene la pretensión de realizarlo. En todo caso, se tiene la impresión de que, por ahora, se ha fijado los contenidos conceptuales, en lo que se manifiesta la pretensión de agotarlos.

La segunda tendencia, en la formación de los conceptos reflexivos, propende hallar la generalidad, esto es constituir el concepto general. Y también lo inverso: hallar lo particular de un objeto, esto es, el concepto individual. Espontáneamente los conceptos generales o individuales se efectúan sin pretenderlo, y sin tener conciencia plena de la generalidad o de la individualidad. No sucede lo mismo reflexivamente, pues se aspira a éstas y se es plenamente consciente de ello. En la reflexión el pensamiento no se circunscribe a determinados objetos, pues al captar lo esencial en ellos, el concepto adquiere un alcance ilimitado o validez universal. Esta propensión a la generalidad es posible al considerar que todos los objetos tienen un atributo común, esto es, semejante. Por eso la generalidad es impulsada por la tendencia a pensar la semejanza. Pero, también la reflexión trata de formarse el concepto sobre la individualidad de un determinado objeto, buscando las características que lo distinguen de todos los demás. El concepto individual es movido por la tendencia a pensar las diferencias.

Lo dicho sobre la validez general del concepto, puede también decirse sobre las definiciones generales. Para la con-

sideración psicológica, el momento de la definición es cuando se actualiza el concepto virtual general. La única diferencia, aunque no esencial entre el concepto y la definición, es la referente a los resultados. En efecto, si bien tanto el concepto como la definición propenden a fijar de manera definitiva los contenidos generales, en el concepto no se tiene todavía la certeza de haberlo logrado, en tanto que en la definición hay la pretensión de haberlo alcanzado. Por eso en la definición se limitan de una vez por todas las características de un objeto, en el fondo, la definición viene a ser la aspiración máxima a la que propende el proceso de la formación de los conceptos. Ahora bien, lo establecido sobre el concepto y la definición generales, puede también establecerse sobre el concepto y la definición individuales.

14. Juicio reflexivo.

En el juicio emitido reflexivamente, se atribuye un predicado a un sujeto. En este juicio se manifiesta la propensión a fijar doblemente el pensamiento. Por un lado, se mantiene constantemente representados tanto el sujeto como el predicado; y, por otro, al emitir el juicio se fija la relación que hay entre ambos. Bajo estas condiciones, el pensamiento se representa claramente y no se esfuma. Esta doble fijación es posible porque en el juicio reflexivo se separa previamente el sujeto y el predicado, considerándolos como elementos aislados, lo cual exige el análisis de estos elementos, y cuya magnitud depende del grado de reflexión, pero manifestándose siempre esta tendencia. Posteriormente, por medio de la síntesis, se relaciona el sujeto y el predicado. Por supuesto que en el acto de separar o analizar no hay todavía propiamente juicio, pues éste se efectúa solamente en el momento de relacionar, o sea, en el de realizar la síntesis.

En el juicio espontáneo se ha comprobado mayor intensidad en la cualidad del juicio que en la relación misma. Pero reflexivamente sucede lo inverso, porque el pensamiento se dirige más a la relación y no tanto al atributo o cualidad que en el predicado se dice del sujeto. Espontáneamente resalta lo cualitativo a desmedro de la relación, y reflexivamente resalta la relación a desmedro de lo cualitativo. Sin embargo, el juicio reflexivo no se ha podido liberar totalmente de sus raíces espontáneas, porque éstas perduran todavía atenuadamente, no teniendo, por consiguiente, exactamente igual importancia el sujeto y el predicado, pues lo cualitativo de este último es ligeramente de mayor interés en el juicio reflexivo.

En el juicio reflexivo se propende, además, a hallar las semejanzas y las diferencias entre el sujeto y el predicado. Así, en el juicio: el oro es un metal, se piensa la relación de semejanza entre el oro y el metal. En esta semejanza hay alguna identidad entre el sujeto y el predicado, y por eso es justificado decir que en los juicios reflexivos se busca o se piensa la identidad entre ambos. Pero en el juicio: el oro es un metal amarillo, se piensa también la identidad o semejanza entre el oro y el metal y, además, la diferencia del oro respecto a cualquier otro metal, por su atributo especial de amarillo. Se piensa la semejanza del sujeto y del predicado y en la diferencia de los predicados. Ahora bien, si se considera los juicios afirmativos, como los que se acaba de exponer, es evidente que en éstos se piensa la semejanza. En cambio, en los negativos sucede lo contrario. Así, en el juicio: el cobre no es un metaloide, se piensa la diferencia existente entre el sujeto y el predicado. Por tanto, no es justificado caracterizar el juicio reflexivo únicamente como la identidad pensada entre el sujeto y el predicado, pues si esto es cierto en los afir-

mativos, en los negativos, en cambio, se piensa en su diferencia.

Lo dicho respecto del juicio reflexivo aclara el sentido de la definición, pues, por ejemplo, el juicio: el oro es un metal amarillo, puede ser considerado también como una definición. En ésta, por tanto, se comprueba su propensión a establecer las semejanzas y las diferencias entre los elementos que la componen. Ahora bien, esto mismo es la base para ordenar el pensamiento en la definición, pues se sitúa el concepto - sujeto al lado del concepto - predicado, para expresar que cae bajo la denominación de este último, por serle semejante; y se establece, sin embargo, al mismo tiempo, su diferencia, con lo cual queda de manifiesto su carácter específico. En esta definición es patente la subsunción que se opera en el pensamiento reflexivo, pues sitúase el sujeto bajo el predicado.

15. Razonamiento reflexivo.

Espontáneamente se recurre a las formas del razonamiento, aunque tenue y fugazmente pensadas. En la actitud reflexiva se busca, precisamente, su clara representación. Para lograrlo se somete los pensamientos a las formas del silogismo y del razonamiento inmediato. Si espontáneamente al ver un objeto se dice: este objeto es P, reflexivamente esta afirmación no basta, pues uno trata de cerciorarse claramente. Se razona a continuación y se dice: Todos los M son P, este objeto S es M; luego este objeto S es P. Este proceso se desarrolla, primeramente, separando o analizando lo dado en el conjunto, lo cual había sido pensando implícitamente; así se logra fijar y aclarar los pensamientos. Después se efectúa la comparación de los juicios analizados, o sea, las dos premisas, comprobando que el objeto S cae bajo la dependencia, o for-

ma parte de los seres enunciados en la primera premisa, con lo cual se ha subsumido el objeto S bajo estos últimos; de aquí se piensa en que le es aplicable también el atributo inherente necesariamente a todos ellos. Así se obtiene la conclusión. Ahora bien, la subsunción ha sido posible al encontrar la semejanza entre este objeto y los demás. Se ha producido dos veces un pensamiento de semejanzas o una doble subsunción. Por un lado, se ha pensado la semejanza del objeto S con los objetos M; por otro, la semejanza del objeto S con el atributo P. El razonar requiere, en este caso, que el objeto sea considerado formando parte de otros, ya sea de otros seres, ya sea de otras cualidades.

Si se examina ahora, otro caso, en el siguiente razonamiento: Ningún objeto P es M; es así que este objeto S es M; luego este objeto S no es P, se comprueba que aquí también se ha analizado los elementos del razonamiento al fijarlos para pensarlos con claridad, y procediendo después a su comparación. Además, en este razonamiento se ha efectuado una subsunción: pero no es subsumiendo este objeto S bajo los seres que son P, sino bajo el atributo M. En esta subsunción se ha comprobado que poseyendo este objeto S la cualidad M, no forma parte de los objetos P. Estableciendo la subsunción entre el objeto S y el atributo M, se ha obtenido la segunda premisa; y al encontrar la diferencia entre el objeto S y los objetos P, se ha obtenido la conclusión. En este proceso se ha pensado, entonces, las semejanzas y las diferencias.

En los dos casos expuestos, la conclusión ha sido legitimada por la enunciación general. Estos son los razonamientos deductivos. Ahora bien, la enunciación general es suficiente para justificar la conclusión, porque la deducción se basa en un principio fundamental: en el principio de identidad. En

efecto, establecida la enunciación general, se compara con ella lo enunciado en la segunda premisa; y en la comparación se comprueba, ya sea la semejanza del objeto de la segunda premisa con los de la primera, ya sea su diferencia. En la semejanza se piensa en su identidad; en la diferencia, en su contradicción. Por este motivo, en el primer caso, lo que es aplicable a todos es aplicable también al caso particular que se identifica con ellos; en el segundo, lo que es aplicable a todos, no lo es a lo que se encuentra con ellos en contradicción. Siendo la contradicción el reverso de la identidad, se puede afirmar que el principio de identidad es el invocado en la última instancia para fundamentar, en la reflexión, la legitimidad del razonamiento deductivo.

En los razonamientos inductivos, al hallar que un determinado objeto posee una cualidad, la cual también se encuentra en un número considerable de ellos, y al comprobar en cada paso la presencia de esta misma cualidad, se tiene ya la justificación para afirmar que el objeto en general posee esta cualidad. A esta afirmación se llega inductivamente, porque partiendo de ejemplos individuales, se concluye en la enunciación general. Se ha seguido un proceso completamente inverso a la deducción. ¿Cuál es la base para proceder de esta manera? Primeramente, recuérdese lo dicho a propósito de la inducción espontánea. Esta tiene sus raíces psicológicas en la tendencia del pensamiento a la generalidad, lo cual es la fuerza motriz de toda inducción, aún de la reflexiva, porque ésta última no se ha liberado totalmente de esa tendencia. Es la que le da la sensación de seguridad, pues la inducción reflexiva, en un primer momento, se distingue de la espontánea, únicamente, en que separa y analiza cada uno de sus juicios, para después compararlos, procediendo luego a la enunciación general con una certeza que sólo se explica

por sus raíces en la tendencia espontánea a la generalidad. Sin embargo, en segundo lugar, hay un grado mayor de la inducción reflexiva, cuando se apoya en principios fundamentales que la justifiquen. Estos son el principio de causalidad y el de la constancia de los fenómenos de la naturaleza. En efecto, si determinados objetos tienen una cualidad, comprobándose lo mismo cada vez que se tiene conocimiento de uno de ellos, el pensamiento reflexivo, que sabe de la uniformidad de los fenómenos de la naturaleza, se aventura a la enunciación general. Ahora bien, la constancia de los fenómenos se debe a que es una misma causa la que ha originado a cada uno de ellos, o sea, que todas las causas particulares están sujetas a una misma ley. Propiamente, es el principio de ley y no, el de causalidad, el que justifica la inducción reflexiva. El que la enunciación sea acertada o no, es otra cuestión; lo que interesa psicológicamente, es el uso que el pensamiento hace del principio de inducción para llegar a sus afirmaciones.

Biblioteca de Letras

16. Pregunta reflexiva. «George Puccinelli Converso»

La pregunta reflexiva surge en la meditación. Se produce cuando el sujeto se esfuerza en resolver algo, y no por las ocurrencias del momento; además, es duradera porque no sucede en una meditación determinada solamente, pues surge también algún tiempo después porque el sujeto no cesa de preguntarse hasta hallar la respuesta. Repetidamente se plantea la misma pregunta, consciente de haberla hecho en otra oportunidad. Lleva, pues, la intención profunda de encontrar la solución. Dada la respuesta, la desecha o hasta llega a considerar que la misma pregunta no ha tenido sentido; y, en caso contrario, acepta la solución. La pregunta reflexi-

va se expone con toda claridad en la formulación. No requiere del estímulo del objeto para surgir, pues se produce en el proceso mismo de la meditación. Más bien, es la reflexión la que solicita del objeto una respuesta, aunque no se halle a la vista de éste nada que lo justifique. Formulada la pregunta, para que adquiriera mayor claridad, se considera la cuestión desde todos los puntos de vista posibles. Pero, no satisface la primera respuesta hallada, sino que es examinada cuidadosamente para cerciorarse si efectivamente responde a lo preguntado y si corresponde a la verdad. Para comprobarlo, la respuesta es sometida a la indagación y a la verificación.

17. Manifestación reflexiva de las categorías.

El pensamiento reflexivo-científico, ante los datos proporcionados por la experiencia, si se dan en conjunto o asociativamente, tanto contiguamente en el espacio como continuamente en el tiempo, procede a separarlos para que no se presten a confusión; pero, posteriormente, después de un detenido examen de cada uno de ellos, los reúne bajo una nueva síntesis. Así, la química analiza en sus elementos el material dado especialmente, estableciendo después entre ellos una nueva relación. En el caso que se dé un todo temporal, esto es, una serie de datos asociados sucesivamente en el tiempo, se tiene la impresión que el anterior ha causado al otro que le sigue, siendo éste su efecto. Pero, la física no se conforma con esta impresión, pues analiza cada uno de ellos, separados del todo temporal. Así logra comprender que la percepción que se tiene de su causalidad es aparente, logrando posteriormente sintetizarlos en la verdadera conexión causal, desechando la conexión ilusoria. Por esta manera de proceder el pensamiento científico, se comprende que sea

errada la suposición de Hume, cuando afirma que la conexión causal entre los fenómenos es motivada por su constante asociación, pues, precisamente, la tendencia científica, antes de establecer la causalidad, trata de disociarlos. Sin embargo, en lo que acertaría Hume, es considerando que, más bien, es la tendencia espontánea del pensamiento, la que conecta causalmente lo temporalmente asociado. Si espontáneamente se sintetiza sin analizar, en la actitud reflexiva se analiza previamente. Esto último, que lleva a la aclaración del todo con las partes permite el desarrollo de la ciencia y, en especial, el de la categoría de causalidad.

El pensamiento reflexivo-científico analiza y sintetiza llevado por algún criterio; analiza según las diferencias y sintetiza según las semejanzas. En efecto, así procede, como se ha visto, en la comparación y en la ordenación. Igualmente procede cuando discrimina en un todo sus partes contenidas. Las partes son las que entre sí desempeñan funciones diferentes, formando parte del todo porque en él tienen algo de común o semejante. Así también sucede en la categoría de causalidad. El pensamiento se esfuerza en establecer la diferencia entre los acontecimientos, para determinar cuál es la causa y cuál el efecto; y al establecer la conexión verdadera busca la semejanza entre ambos, pues sólo así puede ser uno causa del otro. ¿No se ha esforzado el pensamiento científico, en su afán de explicarse totalmente la causalidad de los fenómenos, en tratar de demostrar que, en última instancia, esto se debe a que todos sean atómicamente semejantes, diferenciándose sólo por su posición y combinación especial? Pues bien, esta máxima aspiración está presente en toda conexión causal especial, al tratar de hallar la identidad entre la causa y el efecto. Pero también aspira a la semejanza de la multitud de conexiones causales particulares,

buscando una ley entre todas ellas. Porque la ley es la semejanza que hay en toda conexión causal de infinidad de fenómenos, es la uniformidad de los acontecimientos, en tanto que la conexión de causa y efecto es la conexión real, de hecho, entre este fenómeno y aquel otro.

18. Características del pensamiento reflexivo.

En el pensamiento reflexivo se manifiestan cuatro tendencias principales. La primera es la tendencia a buscar las semejanzas y las diferencias entre los objetos. Esta se revela ya en la vivencia reflexiva; pero es en el proceso que muestra todo su vigor. Así, se encuentra en la abstracción, en la comparación y la ordenación, en los conceptos, juicios, razonamientos, definiciones y categorías.

La segunda tendencia ordena dentro de las estructuras lógicas. Estas son los conceptos y las definiciones y, en especial, la definición por el género próximo y diferencia específica; el análisis y la síntesis; la ordenación y clasificación; el sometimiento a las leyes de la lógica general, como la identidad y la contradicción, y a las leyes de la metodología. Ahora bien, debido a esta segunda tendencia, se ha llamado al pensamiento reflexivo también pensamiento lógico. Pero, en este estudio, se ha considerado más correcto llamarlo reflexivo, porque con esta denominación se indica que es un acto o proceso del pensamiento, esto es, un hecho psicológico. De lo contrario, no se distinguiría fácilmente lo psicológico del pensamiento reflexivo de la lógica misma. Lo psicológico es, precisamente, la tendencia a ordenar el pensamiento dentro de las estructuras lógicas; y la lógica, aquello a que tiende. Podría denominársele, con toda precisión, pensamiento reflexivo-lógico.

La tercera tendencia provoca intencionalmente el pensamiento. Esto acontece en la meditación y en la cavilación, en la indagación y en la pregunta.

La cuarta tendencia es, cabalmente, la "reflexión". Esta consiste en que el pensamiento vuelve sobre sí mismo, piensa sobre lo que está pensando. Para lograrlo es necesario fijar y estabilizar los pensamientos a fin de que no desaparezcan en el proceso esporádico, con la cual se les contemplará detenidamente. En esta vuelta sobre sí mismo, el pensamiento se objetiviza, se piensa a su vez como un objeto. La objetivación se revela también al pensar todas las cosas como objetos. En el fondo de todo esto se halla la actitud objetivante.



III

CONCLUSIONES A LA PRIMERA PARTE

1. Distinción gradual y no esencial entre el pensamiento espontáneo y el reflexivo.

La primera manifestación del pensamiento es, indudablemente, la espontánea y no la reflexiva. Espontáneamente piensan los animales, los primitivos, los niños; y los adultos cotidianamente. El pensamiento espontáneo es el más frecuente porque está más próximo a las necesidades de la vida, a cuyo servicio se encuentra primeramente el pensamiento; en cambio, el reflexivo es una manifestación tardía con relación al espontáneo. Por eso, los niños piensan espontáneamente y sólo reflexionan con posterioridad.

Por supuesto que no se niega la reflexión al primitivo; ni al niño en cierta edad. Sólo se trata de la predominancia de lo espontáneo respecto a lo reflexivo. Ahora

bien, la raíz fundamental del pensamiento es la espontánea. Por estar ligada directamente a la vida misma; y por ser la fuente, puesto que genera la abundancia de pensamientos, con riqueza y variedad, sin esfuerzo alguno, sirviendo de pábulo a la reflexión. Efectivamente, las ideas espontáneas que surgen originalmente, son recogidas para ser reflexionadas, obteniendo así fijación, permanencia y claridad. En este sentido la "reflexión" es vuelta sobre lo pensado espontáneamente.

La distinción no esencial entre el pensamiento espontáneo y el reflexivo se reafirma si se considera que las mismas tendencias reflexivas tienen también sus manifestaciones espontáneas. En efecto, espontáneamente se piensa lo semejante y lo diferente, se abstrae, y se piensa con ayuda de los conceptos, juicios, razonamientos y con ayuda de los principios de identidad y contradicción, aunque sean vagamente representados. Es cierto que en la reflexión se intenta producir los pensamientos y también se les objetiva, lo cual no tiene equivalencia en la espontaneidad. Pero sucede que esto último no es propio del pensamiento, sino que obedece a otros resortes: a la atención y a la conciencia, como se comprobará en la segunda parte de este estudio. Por tanto, la distinción entre el pensamiento espontáneo y el reflexivo es de grado y no de esencia.

2. Naturaleza del pensamiento.

Determinadas las características del pensamiento espontáneo y del reflexivo, y habiendo establecido que no hay entre ambos distinciones esenciales, puede uno preguntarse ahora: ¿Qué es el pensamiento mismo como hecho de la vida anímica?

Se ha comprobado repetidamente cómo en el pensamiento se establece una relación. Esta es evidente en el juicio reflexivo, pues en éste se separa como elementos el sujeto y el predicado, para relacionarlos nuevamente. La relación también se efectúa, aunque oscuramente, en el espontáneo. En cuanto al concepto, no se plantea la cuestión, pues no es propiamente pensamiento, sino virtualidad del mismo. El razonamiento se constituye por la relación de dos o más juicios, lo cual no es un procedimiento radicalmente distinto del empleado en el juicio, pues es el mismo acto, relacionar un sujeto y un predicado que relacionar juicios. La idea es una relación vislumbrada, la cual no ha llegado a plasmarse aún. En cuanto a la pregunta, es un intento de relacionar, aunque no logrado por la presencia de la duda; así, en la emitida cuando se sospecha lo que ha de ser y en la emitida cuando no se sospecha, en tanto que en la primera se supone una relación, en la segunda está solamente el primer elemento de la relación, pero no el segundo, pues no se sabe cuál atribuirle, siendo, por eso, una relación emitida en el vacío, en la cual interviene la forma pura de la relación. Ahora bien, el intento de relacionar es posible porque en el fondo, la pregunta se apoya en la forma misma de la relación; y si es cierto que en la pregunta toma parte un elemento nuevo, o sea la duda, se verá posteriormente, que la duda no es un acto del pensamiento sino de la voluntad. Si no fuese una expresión forzada, podría decirse que la duda es un "juicio dubitativo".

El proceso del pensamiento se produce por una sucesión ininterrumpida de pensamientos entre los cuales se establece continuamente una relación, y aun cuando fluctuante o transitorio en el espontáneo y más estable en el reflexivo,

es la relación la que hace del proceso un pensamiento. Por lo tanto, en el acto y en el proceso del pensamiento lo fundamental es establecer relaciones, no distinguiéndose el uno del otro, sino en que el segundo es la sucesión de relaciones.

Ahora bien, siendo la relación la característica de todas las manifestaciones del pensamiento, puede afirmarse que lo genuino o la naturaleza del pensamiento se da en el momento de la relación. Como ésta se destaca en el acto del juicio, ha podido decirse que el juicio es lo genuino del pensamiento.

3. Correlaciones entre las diversas partes del pensamiento.

En la vida real, los diversos aspectos del pensamiento no están escindidos, porque se compenetran de tal manera que lo realizado por uno es valioso para los demás. Esta compenetración tiene su origen en la unidad de naturaleza que hay entre la manifestación espontánea y la reflexiva y, además, entre las formas especiales, como los juicios, razonamientos, etc. Por este motivo, lo obtenido como término por un aspecto del pensamiento, es punto inicial para otro aspecto, encadenándose y auxiliándose así los unos a los otros. Esto también motiva que sea difícil determinar en qué momento se juzga, en qué momento se razona, etc., o cuándo se produce el acto o cuándo el proceso del pensamiento; y que sea también difícil distinguir las manifestaciones espontáneas de las reflexivas.

Efectivamente, el hecho de que sea común a todos los aspectos del pensamiento, el momento de relación, es el motivo principal de su cooperación o condicionamiento recíproco, puesto que así, por ejemplo, un juicio es la base de un razonamiento, y la conclusión es un juicio; así también,

los juicios gestan los conceptos, y éstos se despliegan en juicios. Por lo demás, la cooperación entre lo espontáneo y lo reflexivo se comprueba en la modificación de los conceptos, ya sea porque las nuevas situaciones vitales inesperadas provocan espontáneamente nuevos pensamientos, ya sea porque la reflexión, al examinar detenidamente a los objetos también contribuye a la renovación de los conceptos. También, la dificultad en distinguir la manifestación espontánea y la reflexiva se debe a que el pensamiento reflexivo es tan natural en el hombre que muchísimas veces reflexiona sin intentarlo y sin darse cuenta: reflexiona “espontáneamente”. La actitud reflexiva es una resultante natural de su espíritu que brota con espontaneidad. Esta paradoja se explica porque la reflexión es “reflexiva” respecto a lo espontáneo, y es “espontánea” respecto a una honda reflexión plenamente consciente. Lo espontáneo en el hombre es, pues, lo espontáneo y lo reflexivo.

Ahora bien, en la correlación del pensamiento espontáneo y del reflexivo, cabe concluir que el primero es el básico, puesto que por su contribución, el pensamiento alcanza mayor amplitud en su decurso. Efectivamente, si bien espontáneamente se piensa según las ocasiones ofrecidas, de igual manera, al reflexionar el sujeto examina las cosas por todos sus lados hasta captar algo nuevo sobre ellas. Pero, en este examen está alerta a la primera ocasión en que logre pensar algo nuevo sobre el objeto, aun cuando esta ocasión sea buscada y no ofrecida inesperadamente. Cuando se habla de objeto no se trata exclusivamente del objeto material, sino también del objeto ideal. Es necesario hacer esta aclaración porque, en la meditación por ejemplo, que es la forma más reflexiva de aprehender los objetos ideales, parecería ser ajena a las ocasiones que se presentan. Más, una

consideración detenida de la meditación, evidencia que al ponerse en movimiento la facultad de pensar y las que colaboran con ésta, el movimiento interior proporciona también nuevas ocasiones para aprehender los aspectos ideales de los objetos, los cuales se van ofreciendo al pensamiento en el transcurso de su mismo movimiento. En el sentido, pues, de que son las ocasiones inesperadas las que proporcionan nuevos pensamientos, lo novedoso tiene un carácter de espontaneidad. La actitud reflexiva es, entonces, la propedéutica que a la larga desemboca en situaciones análogas a la espontánea porque es insuficiente sino recurre a la espontaneidad. No se separan por tanto, las dos actitudes, porque el pensamiento regresa siempre a las condiciones naturales en que pensó primeramente, porque éstas son las únicas que le permiten progresar. La mera reflexión no lleva nunca más allá de lo pensado anteriormente, pues es inherente en ella la fuerza de atracción que retrotrae siempre a lo anterior. De esto se desprende sólo llamando en su auxilio a la espontaneidad. El uso excesivo de la reflexión tiene, por consiguiente, graves inconvenientes. Esta estrecha unidad entre la espontaneidad y la reflexión autoriza, una vez más, para afirmar que no se distinguen esencialmente.

SEGUNDA PARTE

INTERPRETACION DEL PENSAMIENTO

En la primera parte de esta investigación se ha tratado de describir las principales características del pensamiento, y señalar las diferencias entre sus dos formas primordiales. En la segunda parte se averigua cuáles son los factores que explican sus dos manifestaciones. Estos factores se hallarán en el resto de la vida anímica, los que darán además, la explicación de por qué no se distinguen esencialmente el pensamiento espontáneo y el reflexivo.

I

LOS PRINCIPALES FACTORES DEL PENSAMIENTO ESPONTANEO

1. Las tendencias.

Se ha comprobado anteriormente que el pensamiento, en su manifestación espontánea, está al servicio del logro de las tendencias que subyacentemente interviene para producirlo. El instinto es la primera tendencia que condiciona al pensamiento, pues, éste primitivamente es el órgano para la vida. Posteriormente está al servicio de las demás tendencias. Ahora bien, como las tendencias provocan la actividad del sujeto, sucede que el pensamiento está al servicio de la acción, manifestándose, en armonía con ésta, de acuerdo con las situaciones del momento. Estando al servicio de la actividad y no del objeto mismo, recoge

de las cosas lo que en éstas hay de utilidad oportuna para cada instante.

En la curiosidad, que tiene hondas raíces en los instintos, se revela la influencia de las tendencias en el pensamiento. Efectivamente, una de las necesidades primordiales del ser anímico es hallarse orientado en el ambiente en que se encuentra. De lo contrario estaría perdido, porque no podría desenvolverse ni defenderse. Ahora bien, la orientación exige el conocimiento proporcionado por la percepción y por el pensamiento. En el niño se comprueba hasta la evidencia esta necesidad, porque, llevado por su instinto de orientación, pregunta incesantemente. La curiosidad, que emana de una necesidad interior sin que el sujeto sea consciente de sus verdaderos orígenes, es la irrupción espontánea del instinto de orientación. El afán de saber que hay en todo hombre, ha de tener también sus raíces en este mismo instinto.

En la causalidad primitiva se revela también la influencia de las tendencias en el pensamiento. Efectivamente, realizándose las tendencias por la finalidad instintiva que las encamina, las cosas son pensadas como medios en relación a esta finalidad. La conexión de medio a fin, originada en el instinto, difícilmente se desarraiga. Ahora bien, en el hombre primitivo la causalidad es finalista o teleológica, pues las cosas las considera como medios para un fin. La conexión teleológica es la primordial, pues la causalidad científica que establece la conexión entre las cosas mismas, no es todavía tomada en cuenta por el primitivo, porque esto exige un grado maduro de reflexión para el análisis, ausente en él.

Las tendencias espirituales también intervienen en la producción del pensamiento, pues no solamente se piensa para mantener la existencia, sino para realizar los ideales

de cultura, de vida social, de moralidad. Si el ideal provoca la productividad del pensamiento es por ser una tendencia intensa. Esto explica porqué en las personalidades en que el ideal no sea tan poderoso, sea también escasa la producción del pensamiento; así, ni en el matemático están dirigidos sus pensamientos a la música, ni en el pintor a la química. Llevados por los ideales, los pensamientos surgen repentina, espontáneamente, pues no han sido suscitados por ninguna intención. Sucede a menudo que los ideales se desplazan unos a los otros en el predominio de la conciencia, pues, aun en las personalidades definidas, hay tendencias subsidiarias que reemplazan a la principal, según sea el estado de ánimo del sujeto o según sean los estímulos externos, lo cual despierta a las tendencias adormecidas que estaban dominadas por otras más fuertes. Esto motiva que los pensamientos surjan espontáneamente en armonía con las circunstancias.

Por las tendencias espirituales que animan al pensamiento, según sea la tendencia predominante, varían las significaciones extraídas de los objetos, pues éstos no son contemplados en sí mismos, sino en la manera que las satisfagan, al considerar lo conveniente en las cosas para poder lograrse. El estético contemplará al objeto de distinto modo que el hombre teórico. Por eso, espontáneamente los objetos son también medios para el fin de la tendencia espiritual; y, en este sentido, no se distinguen fundamentalmente el valor de las significaciones, al predominar el instinto o al predominar la tendencia espiritual.

Si los objetos significan según las tendencias instintivas o espirituales que intervengan, se plantea entonces la cuestión: ¿cuándo se considerará al objeto en sí mismo, "objetivamente", ajeno a las tendencias? Como cada tendencia interviene para captar de los objetos significaciones pe-

culiars, si se anula una de ellas, no dejará de lado alguna significación. Por tanto, si se aspira a agotar las significaciones de los objetos es necesario que tomen parte el mayor número posible de tendencias, pues cada una contribuye a completar la visión del objeto mismo. No hay, entonces, que reprimir ninguna tendencia instintiva o espiritual, sino hay que invocar sucesivamente a todas ellas; pero, claro está, hay que impedir que una de ellas predomine, adueñándose de la situación a desmedro de las demás. Esta manera de proceder será la que más acerque a la objetividad, o sea cuando más tendencias se pongan en juego. Entonces, el pensamiento objetivo por sí solo es insuficiente, pues exige el estímulo de las tendencias. En este sentido, en el fondo, aun la misma actitud objetivante de la reflexión, requiere el auxilio de la espontaneidad de las tendencias.

Ahora bien, si las tendencias instintivas o espirituales provocan el pensamiento, queda, sin embargo, por averiguar en qué circunstancias se produce esta influencia. Porque hay casos en que las tendencias se logran sin requerir del pensamiento, y hay otros casos en que recurren necesariamente a él. Se comprobará que sólo cuando las tendencias son obstaculizadas, el pensamiento interviene en su ayuda, supliendo lo que aquellas carecen. Así, siendo el instinto el motor decisivo en la actividad primitiva, al hallarse insatisfecho, el ser animal al percibir el objeto pertinente, se precipitará inmediatamente hacia él. En estas circunstancias la percepción por sí sola se ha bastado para arrastrar al impulso despierto hacia el objeto, pues, al parecer, en las manifestaciones más primitivas, el instinto está ligado directamente a la percepción. Habiéndose satisfecho el instinto inmediatamente, no ha sido necesario el pensamiento. Pero, en el caso que el instinto encuentre obstáculos que se le interpongan, para vencerlos, como el instinto por sí

solo no lo consigue, surge el pensamiento. Por eso, el pensamiento en sus manifestaciones más primitivas, se halla al servicio del instinto obstaculizado y no del que se logra sin impedimentos. Köhler ha demostrado que el chimpancé piensa, solamente, cuando el instinto despierto encuentra obstáculos que el animal tiene que vencer. También cuando las tendencias superiores, son obstaculizadas, se suscita el pensamiento; así, cuando las tendencias hacia la vida social, a la moralidad no realizan sus aspiraciones más íntimas, el pensamiento se despliega para justificarlas, buscando en la especulación demostrar sus pretensiones, como las doctrinas de la vida social que se laboran para convencer acerca de la verdad del íntimo anhelo. Hay tendencias superiores, como la tendencia hacia el saber o el conocimiento, que se producen cuando se ha vislumbrado la verdad y se desea conocerla más hondamente. Para lograrlas es indispensable que el objeto no se ofrezca con facilidad, que no satisfaga de inmediato a la tendencia, porque en caso contrario se pensaría superficialmente; cuanto más difícil o complejo sea el objeto, más esfuerzo exigirá del pensamiento, provocando así una mayor hondura del saber. Esta dificultad, además de suscitar numerosos pensamientos, contribuye también para fijarlos y aclararlos, pues impone la obligación de regresar continuamente sobre ellos, no dejando la reflexión en su indagación paciente el que se esfumen rápidamente o el que permanezcan oscuros. Son, las dificultades, más bien, acicates para la actividad del pensamiento. Esta dificultad se acrecienta con la intensidad de las tendencias, pues así lleva a penetrar o a pensar más sobre los objetos, lo cual requiere aumentar la productividad del pensamiento en extensión y en penetración. Sin la pasión por el saber, el pensamiento sería escaso y limitado. El pensamiento es pues siempre provocado por las tendencias, ya sean las primitivas o ya sean las

superiores, cuando éstas encuentran impedimentos, revelando así que obedece a una misma naturaleza.

Es el tropiezo a las tendencias lo que promueve al pensamiento. Por eso, el tropiezo meramente intelectual es insuficiente, porque la contrariedad lógica no basta para incitarlo. El pensamiento progresa, no por la contradicción de sus conceptos sino, sobre todo, por aquello que contraría a las tendencias mismas. Más bien, para percibir la contradicción y para resolverla, es necesario que haya tendencias opuestas que se intercedan. En el pensamiento humano existen, al mismo tiempo, conceptos que se contradicen sin que el sujeto se percate, pues cada uno de ellos se origina en tendencias opuestas, las que no reflejarán intelectualmente la contradicción en tanto que no entren en conflicto. Muchas veces se defiende criterios que se contradicen, justificando, por ejemplo, en el propio comportamiento lo que se condena en los otros, pues ora priman los instintos egoístas, ora los instintos de conservación social; en esta situación se defiende acaloradamente y con "imparcialidad" los dos puntos de vista. Esta defensa sincera de los criterios contradictorios se debe a la coexistencia de tendencias opuestas que luchan por justificarse racionalmente, las cuales si bien son opuestas para una consideración racional, no lo son psicológica ni biológicamente. Ahora bien, en tanto que las tendencias se manifiesten igualmente intensas, se adueñan alternativamente de la razón del sujeto, el cual, por este motivo, las defiende indistintamente. Para que el conflicto se produzca, es indispensable que una de ellas se vuelva más intensa, porque desde este momento, por su afán de realizarse plenamente, luchará con las otras que se opongan a la realización deseada; y esta lucha interior se reflejará en la razón, lo que no hubiera sido posible de no haberse desarrollado una tendencia a desmedro de las demás. Así, la mentalidad humana

está muchas veces posesionada de creencias de origen supersticioso que arraigan en los estadios primitivos, perdurando conjuntamente con concepciones científicas o racionales sobre las cosas. Por eso se observa que el civilizado procede impulsado por la superstición a veces, y en otras ocasiones, por la racionalización, sin percatarse de lo contradictorio que hay en su comportamiento. Sólo cuando tiende intensamente a la racionalización, se vuelve consciente del absurdo de las supersticiones, y lucha para desarraigarlas

El intento de predominio de una tendencia, no es todavía suficiente para que se perciba la contradicción. En efecto, cuando en el sujeto se alternan y toleran las tendencias, vive interiormente cada una de ellas; y cuando entran en conflicto experimenta también interiormente la lucha declarada. Este acaecimiento de sus tendencias son sus únicas vivencias. Pero, para que perciba el conflicto, es indispensable que objetive las tendencias en oposición, objetividad que exige la intervención de la reflexión, pues ésta es la única facultad para situar conscientemente las tendencias, una enfrente de las otras. De esta manera llegará a percibir racionalmente su oposición. Por supuesto que esto no exige una reflexión total, pues basta un mínimo de la actitud reflexiva que permita objetivar las tendencias en conflicto. Por tanto, para percibir la contradicción intervienen, de un lado, el conflicto de las tendencias, y de otro, la facultad de reflexión latente en el ser espiritual. Por eso, los animales experimentan, a lo más, las tendencias y el predominio de una de ellas.

2. El sentimiento.

Las emociones, acompañando siempre a las tendencias, intervienen, de manera análoga a estas últimas, en las manifestaciones del pensamiento espontáneo. Pues, hay amor

por el objeto de las tendencias y odio para el adverso a ellas; alegría por el logro o por la esperanza de lograrse las tendencias, y cólera o miedo por su frustración o por el peligro de que se frustren. Los pensamientos provocados por las emociones, no son sino el reflejo de éstas, pues surgen espontáneamente, y se modifican y alternan, según invada uno u otro sentimiento. Esto motiva que, debido a que arraigan profundamente en los sentimientos, los pensamientos adquieren un carácter tal de convicción que no pueda ser suprimido. El que se halle en un estado intenso de alegría porque se han realizado sus anhelos soñados por mucho tiempo, pensará y estará convencido que este mundo está lleno de belleza y es el mejor posible; el que se halle en un estado de tristeza porque no se han realizado sus sueños, pensará y creerá pesimistamente que de la vida no hay nada bueno que esperar. El que ama ve las cualidades bellas de la persona amada, pero es ciego para sus defectos; el que odia no aprueba ni un elogio para la persona odiada.

Cuando el sujeto se halla dominado por sentimientos intensos, existe una menor posibilidad de que piense imparcialmente; para esto último se requiere que los sentimientos sean reprimidos lo más posible. Pues solamente así se logrará que el pensamiento esté al servicio de la verdad y no de la subjetividad de los sentimientos. Por tanto, la reflexión que se dirige a las cosas mismas para pensarlas con claridad y objetivamente, exige la represión del sentimiento. En este sentido son "fríos" los intelectuales, pues deben eliminar todo sentimiento que opaque la verdad, permitiendo así la actitud objetiva que deja libre paso a la razón. Sin embargo, esto no implica negar todo sentimiento a los intelectuales: negárselo sería suponer que se ha trastornado el orden psicológico que la naturaleza ha establecido, pues el pensamiento espontáneo sirve a los sentimientos como sirve

a las tendencias. Así como la razón no se ha desprendido de las tendencias, porque las tendencias espirituales encarrilan las manifestaciones superiores del pensamiento, así tampoco se ha desprendido la razón del sentimiento para proceder en la actitud objetiva. Sólo que en ésta actitud sustituye los sentimientos que la ciegan, por aquél que le hará ver la verdad más claramente. La razón se ayuda siempre del apasionado amor a la verdad y del odio a la mentira o al error. Quien no ame la verdad no se lanzará nunca en su persecución y no la alcanzará; y el que no sienta alegría por la verdad hallada no habrá batallado para conseguirla, en tanto que aquellos que se sienten transportados por el amor a la verdad, sienten una profunda tristeza al no alcanzarla. La razón no anula, pues, el sentimiento, sino lo sublima en el amor a la verdad, porque de otra manera no funcionaría. El orden establecido por la naturaleza no se ha trastornado, sino solamente se ha sublimado. Los intelectuales sinceros no son "fríos" sino apasionados por el amor a la verdad, amor que predispone al pensamiento, pues estando al servicio de los sentimientos, tarde o temprano brotará espontáneamente, estimulado por estos últimos. En el que inventa o descubre, sus estados de ánimo están acompañados de un gran calor que emana de sus sentimientos.

Otros sentimientos, como la sorpresa o el asombro, la admiración y el sentimiento de lo sublime, intervienen también en el hallazgo de la verdad. En efecto, el que se halle en trance de posesionarse de la verdad, debe sentir sorpresa o asombro al encontrarse delante de ella, porque de otra manera se le escurriría, hallándose imposibilitado de retenerla; el que se sorprende o asombra fija su atención, reteniendo así al pensamiento, porque de lo contrario la verdad le pasaría desapercibida. Por otra parte, en la admiración o en el sentimiento de sublimidad a la verdad, ésta queda profunda-

mente grabada en el pensamiento; y, además estos sentimientos, a su vez, se convierten en incitantes para el sujeto que lo llevan a penetrar más y más en la verdad. Por tanto, por un lado, el amor a la verdad incita al pensamiento y, por otro, la sorpresa o el asombro, la admiración o el sentimiento de lo sublime, retiene y graban hondamente el pensamiento, convirtiéndose, a su vez, en nuevos incitantes. Platón decía que “la sorpresa es un sentimiento propio del filósofo” (Teeteto)

3. La extraconciencia.

Las tendencias intervienen en las manifestaciones del pensamiento, pues surgen oportunamente según las necesidades y sin premeditación alguna. Así sucede con el instinto, el cual, en estos casos, juega un papel decisivo; por este motivo, las predisposiciones instintivas son raíces inconscientes del pensamiento, preparándolo hasta que salga a luz con las características espontáneas. Igualmente, la constitución espiritual del sujeto, que es causante de sus tendencias superiores, interviene también inconscientemente en la productividad del pensamiento. Pues dichas tendencias, variando según sea la personalidad del sujeto, influyen inconscientemente para modelar en el pensamiento la concepción de las cosas de acuerdo con las raíces de esta misma personalidad.

La extraconciencia toma parte también, no solamente desde las raíces desconocidas yacentes en lo más hondo del inconsciente, sino que muchas veces la conciencia misma ha incitado a la cuestión preparándose subconscientemente ideas hasta surgir espontáneamente. Así, cuando un problema absorbe a un sujeto y lo medita largamente, al no lograr resolverlo a pesar de sus empeños, lo abandona no pensando más en él, hasta que en el momento menos esperado la solu-

ción se le aparece iluminando vivamente su conciencia. Lo que no había conseguido en una esforzada meditación, sin embargo, lo obtiene porque la subconciencia, menos negligente, había continuado elaborando la cuestión. Esta elaboración es subconsciente, porque partiendo de la conciencia la incitación, en la subconciencia se ha llevado a cabo su plasmación. Por este motivo, la solución tiene caracteres espontáneos porque no ha sido visible ni dominable su formación.

La subconciencia tiene también la virtud de volver espontáneos los pensamientos constituidos en la reflexión. El que haya meditado sobre un asunto, examinándolo en todos sus aspectos, después de adquirir de él una concepción definitiva, cuando quiera pensar nuevamente sobre lo mismo, no necesitará extenderse otra vez más reflexivamente, pues no es necesaria una conciencia clarísima de lo que se había pensado, bastando que un pensamiento impreciso surja espontáneamente, sin revelar todo el contenido que posee. Y sucede que la manifestación espontánea de los pensamientos adquiridos reflexivamente, conduce al sujeto por camino seguro y posee un carácter de plena convicción. Esto es posible porque el contenido del pensamiento adquirido en la reflexión, aun cuando no esté patente en su manifestación espontánea, se halla latente en el fondo subconsciente, desde el cual lo conduce debidamente. Por supuesto que llegado el caso, lo subconsciente reflexivo aflora en forma completamente explícita; por eso los juicios emitidos tienen, en el fondo, un contenido implícito, que no revela desde el primer momento su riqueza, sino cuando se tornan explícitos. Por las mismas razones anteriores, en las ideas reflexivas el contenido externo es impreciso, yaciendo en la subconciencia un substrato que lo acompaña cuando en el transcurso de su desarrollo poco a poco las ideas se explicitan completamente.

Los conceptos que se constituyen por los juicios emitidos, son conservados virtualmente porque yacen en la subconciencia, El concepto espontáneo y el reflexivo son, pues, pensamientos subconscientes.

4. El hábito.

Hay juicios que emergen a la conciencia, condicionados por el hábito. Si alguien estuviese leyendo y no siéndole ya suficiente la luz del sol, se levantaría para prender la luz. A primera vista, parece que este movimiento lo hubiese efectuado automáticamente, esto es, sin la intervención del pensamiento, pues tantas veces lo ha realizado que procede sin que tome parte la conciencia en el significado de la acción. Parecería que solamente hubiesen participado las sensaciones y las percepciones, pero no el pensamiento. Sin embargo, por el hecho de establecer la relación entre “oscuridad” y “prender la luz”, la ejecución del movimiento no ha sido totalmente automática, porque en esta conciencia de relación ha intervenido el pensamiento. Es cierto que el hábito lo ha ayudado, siendo el resorte de su aparición, pero como hecho de conciencia ya no es hábito sino pensamiento. Por haber surgido el pensamiento espontáneamente por obra del hábito, es explicable que se confunda con éste y se manifieste, no con claridad, sino imprecisamente. Ahora bien, es incuestionable que el juicio ha sido oportuno, logrando el sujeto su propósito. Esto se debe a que, en anteriores ocasiones, el sujeto razonando espontánea o reflexivamente sobre el asunto, se ha planteado qué medida tomaría en un caso necesario, procediendo ahora conforme a la conclusión, cuyo juicio es el que lo guía en la ejecución del movimiento, juicio que es la condensación del anterior razonamiento. Naturalmente que este último puede ser invocado, pero en tan-

to que no haga falta, basta con el juicio hecho hábito. Este juicio no es un recuerdo, porque se ha procedido sin hacer referencia al comportamiento del pasado, pues se tiene en cuenta únicamente la situación presente, aunque se haga uso de una experiencia pasada; por eso es juicio habitual y no recuerdo.

La influencia del hábito sobre el pensamiento se revela, también en el ejercitamiento mental. El que está habituado a trabajar de determinada manera, con el ejercicio adquiere mejores hábitos para pensar; si ayer se esforzaba en resolver problemas nuevos, hoy, en cambio, está mejor dispuesto para resolverlos rápidamente, pues la solución brota con más prontitud y claridad. El continuo ejercicio promueve la solución, sintiéndose el sujeto transportado por el problema mismo. En este sentido, el hábito no influye sobre un pensamiento determinado, sino sobre la facultad misma de pensar.

Por lo expuesto anteriormente, el hábito interviene, directamente, en la producción de antiguos pensamientos, y en los nuevos, ejercitando la facultad de pensar. Pero también interviene, indirectamente, provocando nuevos pensamientos o reproduciendo los antiguos. En efecto, para el que está acostumbrado a pensar de determinada manera, le basta recurrir siempre a las formas habituales, hasta cuando se encuentre con algo imprevisto, con un tropiezo, que no sea resuelto por los caminos acostumbrados. En esta situación, el pensamiento lucha para encontrar nuevas soluciones, rompiendo con los antiguos moldes, necesidad que se produce espontáneamente en el estado de desequilibrio. De esta manera, el pensamiento creador insurge en contra de lo habitual, para lo cual es indispensable el entorpecimiento de los antiguos moldes, porque de lo contrario proseguiría rutinariamente. Por eso también, la pregunta surge espontá-

neamente cuando lo antiguo es obstaculizado; es lo novedoso que yendo al encuentro de lo habitual, favorece el nuevo pensamiento, surgido ante situaciones inesperadas.

El hábito también interviene en la reproducción de los antiguos pensamientos. Por ejemplo, en tanto que se realizan normalmente los hábitos motores, son conducidos por el automatismo inconsciente de los movimientos corporales, sin que sea necesario que intervengan los pensamientos. Pero, si se presenta un tropiezo que no permita ejecutar los movimientos fácilmente, surge entonces de inmediato el pensamiento para resolver la situación conforme a los hábitos adquiridos.

El montaje de automatismos favorece también los nuevos pensamientos. En efecto, el que no sea diestro en sus acciones, no podrá dedicarse a otras nuevas, pues estará continuamente obligado a volver sobre lo mismo para perfeccionarse. Así, quien no haya logrado el dominio de sus hábitos motores, no podrá dedicar sus energías a la actividad intelectual: el músico que no domine el manejo de su instrumento, no podrá abandonarse todavía al libre vuelo de su inspiración. Igualmente sucede con los hábitos intelectuales, pues, cuando alguien está acostumbrado a un modo de trabajar, adquiere una misma manera de pensar para solucionar sus problemas, ejercitamiento que lo hace dueño de sus conocimientos que se hacen carne en su propio ser, pues recurre a ellos cada vez que sea necesario. Este dominio de los conocimientos es lo que permite captar las nuevas ideas, porque así es más fácil hallar lo novedoso al contrastar con los anteriores; siendo estas últimas borrosas, no se percibiría el contraste de lo nuevo con lo antiguo, lo cual pasaría desapercibido. Las nuevas ideas surgen espontáneamente al contraste con las anteriores. Además, el dominio de los conocimientos permite la dedicación a los nuevos problemas que

se agiten porque, para elevarse a un plano más alto, es indispensable que aquellos estén lo suficientemente asimilados. La invención, que surge en contra de lo habitual, se producirá al liberarse de esto último, dominándolo previamente.

5. La asociación y el recuerdo.

Las actividades habituales repercuten en la conciencia y graban las asociaciones que contienen las representaciones necesarias para la igualdad del comportamiento. Afianzadas las asociaciones mentales, la actividad intelectual se facilita, pues brotan sin esfuerzo alguno en el momento requerido; una representación arrastra a las otras por asociación. Forjándose las asociaciones con representaciones dadas contiguamente en el espacio o continuamente en el tiempo, este mismo orden se refleja mentalmente cuando no se recurre a la percepción: una representación suscita a la enlazada con ella contigua o continuamente. Pero, también, en el transcurso de la actividad intelectual hay representaciones que se asocian con otras por semejanza o por diferencia, reproduciéndose con el ejercicio de esta misma asociación. El que haya aprendido las propiedades geométricas de los triángulos, posteriormente, al demostrarlas, tendrá en cuenta las propiedades generales o semejantes que a todos se aplican, y las propiedades particulares o diferentes de algunos de ellos. El mecánico que haya aprendido el funcionamiento de los motores, al fabricarlos él mismo posteriormente, colocará unas piezas al lado de las otras, conducido por las asociaciones de contigüidad espacial; y si al observar sus movimientos comprueba una falla, se habrá dado cuenta por la asociación de continuidad en el tiempo. Estas asociaciones con el ejercicio se convierten en un hábito mental, arrastrando, automáticamente, una representación a las otras. A primera vista, el entrelazamiento habitual haría creer que

este proceso se realiza sin la participación del pensamiento. Sin embargo, aun cuando las asociaciones se produzcan automáticamente, al mismo tiempo que se asocia se está pensando, pues, la semejanza, la diferencia, la contigüidad y la continuidad son también pensadas. Por supuesto que los pensamientos no necesitan ser completamente explícitos, ni que se reflexione sobre ellos, sino basta que sean implícitos, produciéndose espontáneamente sin esfuerzo alguno, a medida que se vayan sucediendo las asociaciones habituales. Por tanto, la semejanza, la diferencia, la contigüidad y la continuidad son asociaciones habituales y también son pensamientos que correlativamente se producen al lado de estas asociaciones. ¿Se darán las asociaciones independientemente de los pensamientos? Teóricamente sí, porque obedecen a diversos factores de la vida anímica; prácticamente no, porque el hombre es un ser que piensa con ocasión de sus asociaciones.

En otras oportunidades, estas mismas asociaciones son fuente de reflexión, porque el conjunto de representaciones acarreadas asociativamente, además de favorecer el pensamiento espontáneo, son abordadas reflexivamente con posterioridad. Así, las representaciones asociadas se ordenan conceptualmente, y el juicio que establece esta ordenación es un análisis del contenido de las asociaciones, extrayendo de éstas sus elementos. Este juicio reflexivo es analítico, en comparación con las asociaciones espontáneas que son totalidades sintéticamente agrupadas. Desde este punto de vista, las asociaciones tienen un carácter productivo, y el juicio es solamente el análisis crítico de la producción asociativa. El juicio reflexivo ordena, pues, el material proporcionado por las asociaciones; y en este sentido, el juicio es solamente una solución más consciente de lo resuelto ya asociativamente.

En lo expuesto anteriormente, las asociaciones son dadas, ofrecidas, enseñadas y, por esto, son habituales o pueden llegar a serlo, colaborando en las manifestaciones del pensamiento espontáneo, aunque no hagan sino reproducir lo adquirido. Hay otras asociaciones que intervienen en la producción del pensamiento creador. El pintor que se aleja de su cuadro para observarlo, crea relaciones de contigüidad espacial entre sus partes; el músico crea asociaciones de continuidad en el tiempo, ordenando según ellas sus sonidos. La asociación por contigüidad y por continuidad interviene, pues, además, para crear, no limitándose a reproducir lo anterior. Hay también asociaciones por semejanza que intervienen en la producción espontánea de los pensamientos creadores. El que vió volar un ave, ¿no pensaría en la posibilidad de construir un aparato en que algún día los hombres volasen? Cuando Newton, preguntándose por qué los cuerpos celestes giran uno alrededor de los otros, al ver caer una manzana de un árbol, ¿no fué por semejanza que pensó en la ley de gravitación universal? Hay pues asociaciones creadoras por semejanza, en que una representación suscita espontáneamente a otra; ésta es un pensamiento creador, aun cuando se asemeje a la representación inicial. Por tanto, las asociaciones también intervienen para producir pensamientos creadores (3).

(1) El antiguo asociacionismo, engañado por las abundantes asociaciones habituales que participan en el trabajo mental que es repetición de lo anterior, creyó poder reducir el pensamiento a las asociaciones. No distinguió entre el proceso meramente asociativo y los pensamientos que, aunque espontáneamente, se producen con ocasión de él. Entusiasmado prosiguió su error al afirmar que hasta el pensamiento creador podía ser reducido a la asociación habitual. Fué acertado al afirmar la intervención de la asociación; pero, desacertado, al sostener que no es creadora, porque no sospechaba que hay una asociación creadora. En contra del asociacionismo hay que tener en cuenta, pues, la vivencia genuina del pensamiento distinguiéndola de la asociación, y la asociación creadora distinguiéndola de la reproductora. Hay que distinguir la contigüidad, la continuidad, la semejanza y la diferencia como vivencias del pensamiento y como "leyes de la asociación", que pueden conducir, externamente al pensamiento, el curso de la conciencia.

El recuerdo también toma parte en los pensamientos espontáneos. Si al ver un objeto que posee una determinada cualidad, se dice inmediatamente: esto es S, es porque ha bastado la visión de dicha cualidad para que se emita el juicio espontáneamente. Dos factores han cooperado en este juicio: el recuerdo y un razonamiento espontáneo. El recuerdo, porque si con anterioridad no se hubiera conocido lo que es el objeto S, hubiese sido imposible determinar en presencia de qué objeto se estaba; el razonamiento, porque espontáneamente se ha pensado que todos los objetos que tienen la cualidad P, son S. Este último pensamiento, combinado con el recuerdo suscitado ante la percepción del objeto, han llevado a emitir espontáneamente el juicio; han colaborado pues, recuerdo y razonamiento. ¿Que nombre poner a esta colaboración? Póngasele el nombre de "reconocimiento", porque se conoce un hecho actual a base de un recuerdo, necesitando este último del razonamiento. En la vivencia pura del recuerdo, sólo se tiene la experiencia que lo vivido actualmente ha sido ya vivido con anterioridad; pero, para reconocer, hay que razonar sobre lo recordado.

Ahora bien, espontáneamente el ser pensante ante la presencia de algo, le encuentra una cualidad que le permite compararlo con lo que ya conoce, o la busca, pretendiendo reducir lo actual a lo pasado. Así se explica lo actual, aún lo novedoso, mediante aquellos conocimientos que le son familiares; por eso, cuando intenta comprender algo, a lo primero que recurre es a los recuerdos, es decir, a lo conocido en el pasado, a lo familiar, lo cual, en el primer momento, le da la pauta para la comprensión de lo novedoso y actualmente vivido. Como para entender, forzosamente se requiere del razonamiento, en la actitud espontánea se produce el reconocimiento, esto es, se razona sobre lo recordado. El entender espontáneo es reconocimiento. Esta última tendencia

explica que, aún en la actitud reflexiva, se busque ubicar el objeto, encontrándole las analogías o las diferencias con los anteriores conocimientos, en el afán de clasificarlos. De resultas de esto, se logrará ubicarlo entre lo ya conocido, o se le encontrará características esencialmente nuevas. Por lo cual, el descubrimiento de lo novedoso resulta favorecido por la tendencia a lo familiar.

6. La percepción.

El ser pensante es primeramente un ser de acción y, por eso, espontáneamente se halla vuelto a la realidad del mundo exterior, porque es en ésta donde se realiza su actividad. La percepción del mundo exterior es la que absorbe primeramente sus pensamientos, los que se suceden espontáneamente según las percepciones que orienten su actividad, estimulándolos conforme a las ocasiones exteriores. En esta situación el pensamiento, guiado exteriormente, es contingente, variable y esporádico, pues no se sucede orientado por una finalidad consciente sino según las ocasiones ofrecidas.

La realidad perceptiva tiene caracteres espacio-temporales, y como el pensamiento se halla vuelto hacia ella, tendrá, en estas circunstancias, los mismos caracteres. El pensamiento, limitado a la percepción, carece de una plena conciencia de generalidad, porque lo espacio-temporal está delimitado al "aquí", y al "ahora" es decir, carece de generalidad; el pensamiento perceptivo está limitado a un lugar del espacio o a un momento del tiempo, siendo sus características espontáneas las mismas que las de la percepción. Vuelto hacia esta última, está como fundido en ella, y no puede desligarse, siendo difícil diferenciarlos. En efecto, además de tener los mismos caracteres, la imprecisión o vaguedad espontánea del pensamiento y su rapidez en realizarse, contribu-

ye a confundirlos fácilmente; pero, sobre todo, el hecho que los dos se produzcan simultáneamente, la intensidad de la percepción ahoga y sustituye al pensamiento. La fusión es la que justifica haber llamado concreto a este pensamiento, pues así también es la percepción. Lo concreto es lo que posee cualidades particulares o individuales, y también lo que posee características espacio-temporales, pues, cuando éstas últimas están referidas a un lugar del espacio o a un momento del tiempo, esta delimitación es particular o individual.

En la fusión del pensamiento y de la percepción, tanto más concreto será el primero cuanto más intensa sea la segunda, porque así ésta lo sumergirá más. La conceptualización, que implica desarrollo del pensamiento es obstaculizada cuanto más concretos sean los pensamientos, porque en esta situación, limitados a las particularidades espacio-temporales del “aquí” y del “ahora”, de la percepción, es imposible la formación de los conceptos abstractos o generales. Es requisito indispensable, para que se desenvuelva el pensamiento, y en especial para que se formen conceptos generales, que el sujeto se libere de la limitación perceptiva. El primer paso para alcanzarlo es factible cuando la percepción no es tan intensa y deja de influir decisivamente, porque entonces el sujeto se referirá, no ya a las percepciones, sino a las representaciones que en su interioridad tratan de imitarlas. En la representación hay mayor posibilidad que los caracteres perceptivos estén atenuados, empalidecidos, aun cuando esto no sea siempre así, como sucede en los sueños. El paso de lo concreto a lo abstracto requiere la atenuación perceptiva; y si la intensidad de esta última es condición para que se produzca el pensamiento espontáneo, su atenuación es, en cambio, requisito para el desenvolvimiento del pensamiento reflexivo. Por supuesto que la percepción servirá a la actitud reflexiva, porque ésta puede incidir sobre aquélla, sometién-

dola a una consideración aparte. La percepción, así como la asociación, puede proporcionar el material del juicio. En este sentido, la intuición perceptiva produce sintéticamente los datos para el pensamiento, y el juicio reflexivo analiza el contenido. Este último, referido a la percepción, se distingue del juicio perceptivo mismo, en que el segundo es un juicio espontáneo articulado en la intuición que lo origina, mientras el primero analiza su contenido.

7. El carácter y la personalidad.

La concepción del mundo es el resultado al que se llega por la elaboración del pensamiento; pero, tiene como causas principales de su formación, el carácter y la personalidad del sujeto, conspirando desde lo más hondo de su ser en la formación de su imagen del mundo, para lo cual se teje el pensamiento espontáneamente y sin que se adivine cuáles sean las fuerzas propulsoras.

La concepción del mundo será distinta para el egoísta que para el generoso, para el vanidoso que para el humilde; e igualmente, distinta será en el hombre teórico que en el artista o en el político. Según el carácter y la personalidad, el mundo se plantea inicialmente como un problema completamente distinto, y a base de lo cual se va urdiendo su representación: la solución que se da al mundo es consecuencia del problema espontáneamente planteado. Tanto la problematización como la concepción obedecen, pues, a los estímulos espontáneos del carácter y de la personalidad.

El carácter contribuye, además, en la organización del trabajo intelectual. Las llamadas inteligencias analíticas o sintéticas, críticas o constructivas, por ejemplo, organizan de manera diferente el trabajo intelectual; y lo mismo sucede con las mentalidades concretas y abstractas, lógicas e intuitivas. Estas son formas peculiares del carácter, porque

son disposiciones de la naturaleza o constitución de la facultad de pensar, cooperando en la elaboración y organización espontánea del pensamiento.

La prueba más decisiva de la intervención del carácter y la personalidad en la concepción del mundo, estriba en el sentimiento de convicción y certeza que la acompaña, desarraigable difícilmente, si no imposible, lo que se explica solamente porque brota del fondo mismo de la naturaleza del ser pensante.

II

LOS PRINCIPALES FACTORES DEL PENSAMIENTO REFLEXIVO

1. La imagen y el signo.

La percepción, como se ha visto, desempeña dos funciones principales en el pensamiento espontáneo. Primeramente, el pensamiento impregnado de los elementos sensibles, difícilmente se desliga o aísla de la percepción, siendo aquél impreciso y esporádico, y ésta, la parte dominante. Por la segunda función, el pensamiento espontáneamente está dirigido siempre a la percepción, proporcionándole ésta los datos del mundo exterior que son indispensables para las primitivas actividades del ser.

La mentalidad humana ha logrado liberarse de la necesidad de sujetarse a la percepción. En un principio, sin embargo, no está totalmente liberada, porque el pensamiento se refiere a las imágenes que son, primeramente, remanentes de la percepción, las que conservan todavía sus ca-

racteres sensibles; las imágenes ilustran al pensamiento y éste, por tanto, no puede apartarse de aquéllas. Las imágenes que representan a los objetos, son suficientes para el pensamiento; y aun cuando sean pálidas y difusas comparadas con la percepción, por eso mismo, dejan más libre juego porque no absorbe lo sensible al pensamiento. Desde este momento, independizándose, es posible su mayor desenvolvimiento, porque la facultad de pensar solamente con imágenes, sin recurrir a la percepción, le permite, más dueño de sí mismo, regir sus propias manifestaciones. Así, el pensar con imágenes es un factor muy importante que colabora a la manifestación del pensamiento reflexivo. El que no logre pensar con imágenes es incapaz de liberarse de las condiciones sensibles impuestas por la percepción.

Las imágenes en sí son meros datos que no poseen ninguna significación, como tampoco lo poseen los elementos sensibles de la percepción. Pero, en continuo trato con el pensamiento, se impregnan del significado que éste presta a lo que es objeto de sus referencias. Empalideciéndose las imágenes y volviéndose poco a poco meros rasgos borrosos, a la larga no desempeñan otra función que la de avivar el pensamiento; esto es posible, porque, en compensación, se enriquecen de contenido significativo. Esquematisadas, suscitan el pensamiento, devolviéndole las significaciones que éste había dejado impreso en ellas. La imagen ya no es objeto de contemplación, sino dadora de significaciones; ya no es tomada por lo que es sino por lo que significa. La imagen, descolorida y deformada, sirve solamente de referencia al pensamiento.

Anticipando lo que se dirá al tratar de la intervención de la conciencia en el pensamiento, puede afirmarse, desde ahora, que la conciencia, fundamentalmente, es el acto intencional, es decir, que la conciencia se dirige siempre hacia

algo. Como el ser pensante no puede prescindir de ella ni en sus más primitivas manifestaciones, al pensar tiene algo como objeto de sus referencias. Espontáneamente, este algo es proporcionado por los elementos sensibles de la percepción; y, en un grado posterior, por las imágenes. El pensamiento discurre con ayuda de las imágenes; si éstas faltan, se trastorna, porque pierde el punto de sus referencias, siendo, además, dichas imágenes manantial de significaciones. En tanto que el pensamiento discorra tranquila y confiadamente, le bastan las imágenes borrosas; pero si duda y se detiene porque encuentra algún escollo, entonces brota la imagen viva, próxima a la realidad sensible, pues el pensar necesita incrustar sus raíces en el mundo de las realidades para cerciorarse, confrontando lo pensado con las cosas. En la necesidad de recurrir a la imagen viva, el pensamiento regresa a las condiciones en que se hallaba al contacto inmediato con la realidad.

La imagen borrosa, representativa de la realidad perceptible, es un poderoso auxiliar del pensamiento reflexivo, debido a la riqueza de significaciones que contiene. En un grado más reflexivo son sustituidas por los signos, por ejemplo, los de las matemáticas, que propiamente no representan a la percepción ni a las significaciones que a ella se refieren, sino a las significaciones mismas. Ahora bien, el pensamiento ha de recurrir necesariamente a los objetos de la percepción, o a sus imágenes como punto de sus referencias; y si no se refiere a éstas, se auxiliará necesariamente a los signos. Quien no se refiera, al menos, a los signos, no podrá pensar, pues para esto último es indispensable que se refiera siempre a algo, siendo los signos, cuando menos, este algo impregnado ahora de contenidos significativos. Como todo signo es una imagen, aun cuando no sea construido representando a la realidad perceptiva, se llega a la siguiente

conclusión: si el pensar no tiene en cuenta a la percepción, la imagen es por lo menos el objeto de sus referencias. Entre los signos se considera también los del lenguaje: las articulaciones de la voz y los signos de la escritura. Como para pensar hay que pensar sobre algo, si no se recurre al dato sensible de la percepción, o a su imagen representativa, o a otro signo cualquiera, hay que recurrir cuando menos al signo del lenguaje. Este desde ahora se impregna y enriquece de contenidos significativos, pues es el objeto de referencia del pensamiento. En este sentido, el lenguaje no es solamente un órgano de comunicación, sino es también un instrumento del pensamiento, porque al liberar a este último de lo sensible de la percepción, le permite que se concentre en las relaciones significativas que en aquél se hallan depositadas. Cuando se piensa se tiene frecuentemente presente los signos del lenguaje, no sólo porque se haya establecido una asociación habitual, sino porque esta asociación tiene sus fundamentos en la necesidad del pensamiento de recurrir por lo menos a los signos del lenguaje. En esta situación se produce el llamado lenguaje interior, el cual, además de ser desempeñado por los signos del lenguaje, también lo es por cualquier clase de imágenes borrosamente representadas. (4).

En otra forma toma parte la imagen en la reflexión. En la actitud espontánea, el pensamiento es esporádico, esfumándose rápidamente y no dejando huella. Pero la imagen posee la facultad de contrarrestar la fugacidad de los

(4) El sensualismo sostuvo que es imposible pensar sin las imágenes, ya sea las representativas, o ya sea las de los signos. Al comprobar que el pensamiento está siempre acompañado de una imagen, supuso, por la imposibilidad de separarlos, que el pensamiento, en última instancia, es una imagen. Si bien el sensualismo acertó al verificar esta inseparabilidad, anduvo errado al no distinguir las características irreductibles de uno y otro y, además, porque no supo comprender que el pensamiento ha de tener como objeto de sus referencias por lo menos a una imagen, lo que explica esta inseparabilidad.

pensamientos, porque siendo ella depositaria de estos últimos, sucede que es susceptible de ser retenida más duraderamente en la conciencia, pues el pensamiento desaparece más rápidamente que la imagen. Esto se debe a que la atención retiene más fácilmente la imagen que el pensamiento; y éste, por tanto, logrará mantenerse más tiempo en la conciencia y adquirirá mayor fijación. Además, por hallarse más establemente asociadas las imágenes que los pensamientos, al presentarse la necesidad de pensar, más fácilmente el esfuerzo de la atención traerá a la conciencia las imágenes que despierten los pensamientos, que los pensamientos mismos. Así, ayudándose de la imagen, el pensamiento adquiere mayor posibilidad de liberarse de la caducidad y de ser susceptible de reaparecer cuando sea requerido. En resumen, la imagen favorece la aparición del pensamiento reflexivo, al permitirle apartarse de la realidad sensible, al dar mayor ingerencia a la significación que a lo sensible por ser borrosa y esquemática, y al permitirle su estabilización.

2. La voluntad.

Biblioteca de Letras

En el ser anímico, determinado primitivamente por sus necesidades vitales, los pensamientos brotan espontáneamente, provocados por el deseo de satisfacerlas. Ahora bien, el instinto para realizarse, debe ser ejecutado prontamente si la ocasión es oportuna, pues de lo contrario no se cumpliría. Esto exige la sumisión completa del ser, física y psicológicamente. Los pensamientos, por tanto, se hallan primitivamente al servicio del instinto, arrastrando al ser vivo prontamente a la actividad; pero, orientándolo y canalizándolo solamente, pues estando sometidos o condicionados por él, no pueden modificarlo. Siendo la función primordial del pensamiento iluminar las necesidades del instinto, ambos se hallan ligados directamente sin ningún intermediario. En

esta situación el ser se adhiere sin reparos a sus pensamientos, porque en esta adhesión se refleja la sumisión a los instintos. La actitud espontánea posee una creencia absoluta en lo que piensa, lo que no puede ser rechazado. La voluntad, manifiesta aún rudimentariamente, es juguete de los instintos, siendo arrastrada por el pensamiento, pues cree ciegamente, sin poner en duda lo que se está pensando. Otras tendencias también llevan a creer ciegamente, como en aquello que se supone realizan las aspiraciones, sobre todo cuando la aspiración se ha convertido en una pasión, pues lo que halaga es creído y lo que contraría es considerado falso. Cuanto mayor sea la intensidad de una tendencia, tanto más se entrega el ser a los pensamientos que la satisfagan.

Solamente dos factores evitan esta entrega absoluta: o que se aplaquen las tendencias por sí solas, o que intervenga la fuerza de la voluntad para refrenarlas. En ambos casos, la atenuación de las tendencias permite que intervenga la duda respecto a lo que se piensa, y dudando se discurre con mayor libertad, sin estar sumiso a los instintos o a las pasiones; así el pensamiento adquiere vida propia y se desenvuelve mejor. En estado de duda, el sujeto contempla a las cosas con mayor imparcialidad, ahondando más y más en su realidad, lo que perfecciona la facultad de pensar. Las creencias que han pasado por la duda, revelan un nuevo carácter, pues están condicionadas por el objeto mismo, el cual da los fundamentos que las justifican. La actitud objetiva es posible solamente por la duda; y la reflexión es posible, únicamente, en el ser que duda. Hay entonces dos creencias: la espontánea o sujeta a las tendencias, y la reflexiva que se apoya en el objeto mismo; a la primera se llega sin dubitaciones, y a la segunda, por la facultad de dudar.

Ahora bien, la voluntad es el factor primordial de la duda y de la creencia, es la fuente psicológica de la cual ema-

nan. En efecto, siendo la voluntad la facultad de decidir por elección y de ejecutar conforme a lo decidido, sucede que la deliberación, que tiene en cuenta los motivos y los móviles, precede a la decisión en que predomina uno de éstos y al cual se adhiere la voluntad, rechazando a los demás, provocándose así la actividad. Pues bien, la adhesión es el estado positivo de la voluntad; y la inhibición o rechazo, el negativo. Y la duda es el tercer estado de la voluntad, en el que no se ha decidido todavía, manteniéndose en sí misma, sin adherirse ni rechazar aún. La duda está presente en la deliberación porque, al lado de los pensamientos, la voluntad oscila de uno al otro sin determinarse todavía. En la deliberación concurren, pues, el pensamiento y la voluntad que duda.

La creencia tiene también sus raíces en la voluntad. En la creencia espontánea el ser se da llevado por sus tendencias, entregándose su voluntad positiva o negativamente, porque se acepta lo que se piensa sin ponerlo en duda. En la creencia reflexiva, en cambio, media la duda, la cual permite la objetividad del pensamiento, porque examinándose previamente los objetos bajo todos sus aspectos, se les atribuye después sus cualidades, surgiendo recién la creencia en lo afirmado o en lo negado. Esta creencia ha sido condicionada, primeramente, por los pensamientos obtenidos en el conocimiento de la realidad; y, segundo, por la adhesión o rechazo a lo pensado, en lo que interviene la voluntad. Pero, ésta no se ha entregado incondicionalmente, sino que ha pasado por el estado previo de la duda.

La pregunta es un estado del pensamiento en que participa también la voluntad. Efectivamente, en la pregunta, se está dudando, pues no hay todavía ninguna creencia sobre cuáles hayan de ser las cualidades de un objeto. Después surgirá la afirmación o la negación, exponiéndose las cua-

lidades encontradas o no en el objeto, lo cual va acompañado de la creencia en lo afirmado o en lo negado. Ahora bien, como la afirmación y la negación se dan en el juicio, en éste, por tanto, interviene la voluntad en su estado positivo de aceptación y negativo de rechazo; en cambio, en la pregunta, interviene la voluntad en el estado de duda. Se ha visto en las conclusiones a la primera parte de esta investigación, que la pregunta y el juicio, como formas del pensamiento, no son irreductibles entre sí, porque en ambos se realiza el mismo acto de relacionar, por lo que se llegó al extremo de decir que la pregunta es un juicio dubitativo. Sin embargo, los diversos estados de la voluntad que intervienen en uno o en otro, exige que se mantenga la distinción entre ellos; pero, ya no es el pensamiento, sino la modalidad de la voluntad la que los distingue. Por esta modalidad, la pregunta es el pensamiento en que se duda; y el juicio, el pensamiento en que se cree lo que se afirma o niega. Por eso, el juicio es afirmación o negación; y la duda, la suspensión del juicio.

Hay que indicar en qué doble sentido el juicio es afirmación y negación. Al emitir el juicio afirmativo: S sí es P, este juicio es afirmativo, como acto del pensamiento y por intervención de la voluntad. El "sí" es, por un lado, un elemento del pensamiento que unido al "es", liga el sujeto y el predicado; pero, por otro lado, el "sí" es la adhesión de la voluntad, en su modalidad positiva, en que consiente la pertenencia de uno al otro. Igualmente, en el juicio negativo: S no es P, el "no" es un elemento del pensamiento que unido al "es," desliga el sujeto del predicado; pero, además, el "no" revela el rechazo de la voluntad, manifestándose en su modalidad negativa, de que el predicado pertenezca al sujeto. Por no haber distinguido en el juicio lo puramente intelectual y lo volitivo, se ha considerado lo característico en él, como acto del pensamiento, la creencia y la no creencia de la afirmación o negación.

Pero aquí hay un error, pues la creencia, aunque brote de la fuerza convincente de la representación intelectual, es voluntad y no pensamiento, emanando, por tanto, de raíces psicológicas distintas.

Ahora bien, si la voluntad y el pensamiento se dan conjuntamente en el acto psicológico del juicio, esto se debe a que, espontáneamente, el ser cree en lo que piensa. Pues bien, en los juicios reflexivos perdura la colaboración de pensamiento y voluntad, porque están acompañados de una creencia o propenden a ella, aun cuando hayan pasado por el estado de la duda. Y por ser la creencia un estado anterior a la duda, en el juicio se manifiesta la primera.

El que la duda sea posterior a la creencia, se comprueba en el hecho que espontáneamente las propias ideas o las ajenas se les acepta sin discriminación alguna, dándolas por verdaderas, y procediendo conforme a ellas. Abandonado el pensamiento a sí mismo, se viviría en continua creencia, pues la aceptación y el rechazo son anteriores a la duda. Por eso, la creencia espontánea es un estado previo a la duda y a la creencia reflexiva. Constituída así la naturaleza del intelecto, no se ha modificado en sus manifestaciones superiores; por eso, el dogmatismo es un proceder más espontáneo y menos avanzado que la crítica, la cual requiere la duda a la que se llega en la actitud reflexiva.

3. La conciencia.

La conciencia es el factor más importante que interviene en la aparición del pensamiento reflexivo, pues posibilita la participación de los demás.

El pensamiento, para traspasar los límites de la espontaneidad, necesita que se ejerza dominio sobre lo espontáneo, porque esta es la única manera de evitarle que se realice solamente en forma esporádica y fugaz. Para que la rea-

lidad misma sea conocida, se requiere que sea sometida a una consideración detenida. Ahora bien, el hombre tiene el poder de dominar los factores espontáneos, reprimiendo sus tendencias, desencadenando sus asociaciones, influyendo en su extraconciencia y en sus hábitos, etc., lo que le posibilita negar a su ser lo que tiene de más espontáneo y vital. Esta negación, que lo independiza de las exigencias antes irreprimibles, le permite dirigir la mirada hacia la realidad misma y contemplarla, adueñándose así, previo dominio de su propia naturaleza, del mundo que lo rodea.

La conciencia es el factor primordial que faculta al hombre para dominar su ser espontáneo y penetrar en la realidad. En efecto, la función esencial de aquélla consiste, primeramente, en dirigir su mirada hacia adentro, llegando a tener una visión de su propia naturaleza. Y el conocimiento de sí mismo es la condición indispensable para dominar y reprimir lo espontáneo, pues en caso contrario, no se lograría. Conciencia de sí mismo y facultad de represión cooperan decididamente en el pensamiento y, en este sentido, la conciencia y la voluntad son los dos factores más importantes de la reflexión; pero la eficacia de la voluntad depende de la conciencia. Ahora bien, la conciencia de sí mismo es posible porque la conciencia objetiva su propio ser, llegando hasta objetivar sus propios pensamientos, aún los espontáneos; así se produce la "reflexión" o vuelta sobre lo pensado espontáneamente. Si la reflexión es posible por la facultad de la conciencia de objetivar su propio ser, también objetiva lo exterior, lo cual ya no es pensado subjetivamente, sólo por las necesidades del momento, sino que ahora es contemplado como es en sí mismo, o sea como un objeto, conociéndose su propia realidad. Por eso, pues, la conciencia objetivando su propio ser interior y lo exterior, es la condición indispensable para la aparición del pensamiento reflexivo.

La conciencia tiene como característica fundamental la intencionalidad, o más bien, es esta misma intencionalidad. Por eso se dirige siempre hacia algo; y cuando se desea se desea algo, cuando se recuerda se recuerda algo, cuando se piensa se piensa algo. Ahora bien, debido a la intencionalidad se produce la objetivación, porque el acto intencional sitúa a los puntos de su referencia fuera de la conciencia misma. El pensamiento reflexivo tiene sus orígenes, pues, en la intencionalidad de la conciencia. Por este motivo, reflexivamente se tiene presente lo que se piensa, en tanto que espontáneamente, sólo se piensa. Por supuesto que la objetivación es más o menos intensa según el grado de desenvolvimiento de la conciencia. Pero, si bien en el pensamiento reflexivo es en donde se revela con magnitud, en el espontáneo hay también un mínimo de objetividad, porque los hombres no pueden prescindir de su conciencia cuando piensa, aunque no se den cuenta de este grado de actitud objetiva.

Por la intencionalidad de la conciencia es posible el acto del pensamiento reflexivo. Ya sea porque debido a su meditación se produce el acto de la objetivación. Ya sea porque en la significación del pensamiento, en la cual se atribuye el predicado al sujeto, es indispensable mantener el sujeto como el algo objetivo al cual se refiere el predicado, realizándose esto en el acto de la intención significativa. Por la intencionalidad es igualmente posible el proceso de la reflexión. En efecto, este último está orientado o dirigido por la idea que se mantiene continuamente, la cual así objetivada, se constituye en un fin por alcanzar, adquiriendo el proceso, por esto, el carácter de teleológico o de finalidad consciente. Se decía en la primera parte de este estudio que la cuarta tendencia del pensamiento reflexivo tiene sus raíces en la conciencia y no en el pensamiento mismo; y esto es lo que se acaba de comprobar.

4. La conciencia del Yo.

Al objetivar la conciencia su propio ser y la realidad exterior, es posible oponer estos dos mundos y considerarlos separados con sus características propias. En la reflexión es indispensable que el sujeto adquiera la conciencia de su propio Yo en oposición al mundo exterior que la rodea, pues así volverá sobre sus propios pensamientos y pensará objetivamente la realidad, evitándose que se entremezclen como sucede espontáneamente, en que el pensamiento es absorbido por la realidad exterior que se percibe.

La conciencia al despertarse adquiere, además, la conciencia de la unidad de su Yo. En la actitud espontánea se suceden multitud de pensamientos sin que haya entre ellos forzosamente alguna coherencia; y en el caso que la hubiera por momentos, no se tiene dominio sobre ella. En cambio, reflexivamente se tiende a unificar y coordinar los pensamientos, averiguando el motivo que lo justifique. Ahora bien, en la conciencia de la unidad del Yo está contenida la posibilidad de proceder de la misma manera al referirse a los objetos del pensamiento, pues la vivencia de la unidad del mundo no despertaría si no se ha tenido previamente la vivencia de la propia unidad. Supuesto que en el mundo se diese la realidad unificada, esto no se conciliaría con la desunificación de la propia conciencia, pues el Yo también forma parte del mundo. Por esto, si en el sentimiento de la unidad de la propia conciencia se comprende y se busca la unidad de ésta; en consecuencia con esta actitud, se propende también a unificar el mundo del pensamiento. Naturalmente que para proceder así no se hace deducción alguna, sino que la propia vivencia inclina a ordenar conforme a la unidad, sin ser conscientes de sus raíces. La vivencia por si sola no bastaría si el mundo no fuese realmente unificado; pero esta vi-

vencia es el toque de alerta que predispone a la unificación. Lo que primeramente es un estado o sentimiento de la conciencia, se convierte ahora en una idea del pensamiento reflexivo, el cual se inclina a buscar las semejanzas que unifiquen la realidad.

La conciencia de la continuidad del Yo, que es la unidad vista a través del tiempo, interviene también en la tendencia a unificar el mundo. Sintiendo el sujeto idéntico a sí mismo en el transcurso del tiempo, igualmente, ha de sentir el mundo idéntico, el de hoy como el de ayer. Por eso supone que lo que existe actualmente es producido por algo que tiene una naturaleza idéntica, pudiendo variar en lo accesorio pero no en lo fundamental. De aquí que la causalidad científica tienda a hallar la identidad entre la causa y el efecto —la causa que es anterior en el tiempo al efecto—, pues la naturaleza del mundo físico permanece idéntica como lo es el propio ser del sujeto. La vivencia de la continuidad o identidad del Yo en el tiempo lleva, pues, poco a poco, a la misma actitud reflexiva al referirse a la realidad.

El ser es primariamente activo, pero no tiene todavía conciencia de su propia actividad, hasta que, al enfrentarse a la realidad externa, que le ofrece oposición, se despierta en él, el sentimiento de su actividad. Desde este momento, casi simultáneamente, se gesta en él la conciencia del Yo en oposición al mundo exterior, el cual lo experimenta como extraño a sí mismo. Así, la conciencia de la propia actividad, al separar el Yo y el mundo externo, interviene indirectamente en la actitud objetiva de la reflexión.

Por último, la conciencia de autonomía o de libertad del Yo, provoca también el desenvolvimiento del pensamiento reflexivo. El ser que siente libre a su Yo experimenta la posibilidad de intervenir en el curso de su vida anímica y, en especial, en el proceso de sus pensamientos, pues se

siente libre para producirlos y se esfuerza en conseguirlo dirigiéndolos conforme a un fin, como sucede, por ejemplo, en la meditación.

5. La atención.

Los pensamientos espontáneos, que son vagos o imprecisos, no presentan contornos definidos; dejados a sus propias fuerzas no se producen de otro modo porque en ellos es inherente solamente el acto de relacionar. La precisión y la claridad la adquieren cuando interviene la atención. Esta concentrándose en un determinado objeto, da nitidez a los pensamientos, los modela y define sus significaciones. Por otra parte, si en la actitud espontánea los pensamientos son esporádicos, la atención evita que se esfumen, pues es capaz de retener un mismo pensamiento en momentos sucesivos. Así se hace factible el proceso reflexivo. Ahora bien, es cierto que la atención toma parte, en la reflexión, concentrando con su esfuerzo la luz de la conciencia. Esta es la que propiamente da claridad al pensamiento y la que pone la meta en el proceso. La atención tiene, pues, la función de concentrar la conciencia y de retenerla, provocando así que se aclaren y se retengan los contenidos del pensamiento. Por lo demás, la concentración y la retención se refuerzan para aumentar la claridad del pensamiento.

La atención también toma parte en el análisis reflexivo. En éste hay que separar un elemento de un conjunto dado, y la atención concentrándose ora en una parte, ora en otra, permite su separación o análisis; así sucede en el juicio reflexivo, en el que se separa el sujeto del predicado para ser reunidos posteriormente. En el acto mismo de la separación o análisis hay solamente atención y no propiamente pensamiento; éste se revela en el acto significativo del juicio en que se sintetiza los elementos previamente separados.

La atención también interviene en la abstracción reflexiva. En efecto, es posible abstraer, en el significado de separar de lo dado una cualidad determinada, porque la atención se concentra en una de ellas, desdeñando a las demás, como sucede al abstraer lo fundamental o esencial de un objeto, poniendo de lado lo accesorio. Y es posible abstraer, en el sentido de captar lo común y fundamental de varios objetos, porque la atención se concentra en la cualidad común, prescindiendo de las que le son diferentes.

El que la atención sea indispensable en la abstracción reflexiva, ha llevado a algunos psicólogos a suponer que la abstracción es solamente una función de la atención. Así lo han supuesto por no comprender que el acto mismo de captar lo semejante o lo esencial, es pensamiento y no atención. Es cierto que en la actitud reflexiva no es posible dejar el pensamiento así mismo, pues es necesario que tome parte la atención, fijando y guiando el proceso de la abstracción. En cambio, la atención no influye en la abstracción espontánea.

Biblioteca de Letras

6. Comunicación y vida social.

La comunicación social exige la clara formulación de los pensamientos, sustituyéndola a la vaguedad espontánea, porque, para ser entendidos por los demás, es necesario entenderse a sí mismo, y expresarse con precisión. Además, la comunicación exige que los pensamientos se establezcan definitivamente y que no sean ideas efímeras.

La vida social exige también, de parte de sus miembros, un tácito acuerdo sobre el significado de las palabras que cada uno de ellos usa para expresarse, exigencia que se realiza tanto al comunicar algo como al escuchar lo comunicado; así se revive el mismo significado siempre, pues de otra manera no sería imposible entenderse. Esta exigencia con-

duce paulatinamente a que, al pensar sobre un determinado objeto, llevados por la palabra que hace referencia a él, se piense siempre lo mismo sobre dicho objeto. Esto último, a su vez, posibilita el que los conceptos adquieran generalidad, pues en el continuo uso de una palabra, haciéndose indispensable darle el mismo significado, obliga su empleo el que haya una conciencia, por lo menos implícita, de la validez general del objeto al que hace referencia, validez que se hace explícita en un momento de aclaración. La palabra condiciona, pues, el desenvolvimiento reflexivo de la validez general. Se ha visto, al tratar sobre la imagen y el signo, la función que desempeña el lenguaje interior en el pensamiento reflexivo, y ahora se comprueba que el lenguaje, como instrumento de comunicación en la vida social, contribuye también a la reflexión.

La vida social requiere el comportamiento uniforme del miembro del grupo, pues esto es la garantía de su subsistencia. El mismo comportamiento repercute en la conciencia, la que configura la concepción de las cosas en armonía con él. Si el miembro se comporta uniformemente, se explica que se conciba lo mismo sobre las cosas, teniendo los conceptos generales, entonces, su raíz profunda en la uniformidad del comportamiento que de cada individuo exige la vida social.

En la vida social, cada uno de los integrantes del grupo puede tener diferentes criterios sobre las cosas, los que se hallan en oposición. La discusión para justificar los diversos puntos de vista, obliga a aclarar lo más posible el propio pensamiento, recurriendo para sostenerlo a todos los preceptos obtenidos en la lógica. Al combatir al adversario se le hace ver las contradicciones en que incurre, tratando uno mismo de no caer en ellas y, además para demostrar el punto de vista propio, se le somete a la forma del razonamiento lógico, porque haciendo ver la proposición general es fácil

concluir a la veracidad de lo que se defiende, como un caso contenido en ella; así se logra justificar las propias aseveraciones y comprobar el error del adversario. La discusión es por tanto un poderoso acicate para desarrollar el pensamiento reflexivo. En la discusión también se configuran los juicios afirmativos y los negativos, porque se afirma con énfasis para contrarrestar lo que otro haya negado, y se niega rotundamente para rechazar lo que otro haya afirmado. En otra situación, ¿para qué afirmar o negar algo si no hay nadie quien contradiga? En la actitud espontánea se piensa positiva o negativamente, y esto es suficiente; pero, en la discusión o choque de criterios, se llega a la afirmación o a la negación explícitas.

El pensamiento espontáneo es también favorecido por la vida social. Por la imitación el sujeto propende a reconstruir en sí mismo, sin ser consciente, los conceptos recogidos en el medio social, y llevado por su sugestibilidad los hace suyos, aflorando en su conciencia como si hubiesen sido productos de su propia elaboración, aun cuando en verdad ha actuado la sugestión en la subconciencia. Pero, si bien la vida social interviene para que se reproduzca espontáneamente lo pasado, no dejando margen a creación alguna, es cierto que también contribuye a la aparición espontánea de pensamientos creadores. Así sucede en los momentos de madurez de un pueblo, en sus épocas históricas en que las nuevas ideas afloran surgiendo del seno mismo de la vida social.

III

CONCLUSIONES A LA SEGUNDA PARTE

1. Participación de la totalidad del Yo en el pensamiento.

Se ha comprobado la manera como intervienen, en las manifestaciones del pensamiento, los diversos factores de la vida anímica, hallándose que el pensamiento se auxilia irremisiblemente del conjunto de la vida anímica. Aunque algunos factores influyen más en la espontaneidad y otros en la reflexión, sin embargo, la totalidad del Yo condiciona al pensamiento. Los instintos y tendencias, el sentimiento, el hábito, la asociación y el recuerdo, la percepción, el carácter y la personalidad, intervienen en las manifestaciones espontáneas; la imagen y el signo, la voluntad, la conciencia y la conciencia del Yo, la atención y la comunicación y la vida social, en las manifestaciones reflexivas. La participación del Yo, desde sus formas más primitivas hasta las superiores, es por consiguiente lo que posibilita las diversas manifestaciones del pensamiento.

En tanto que el pensamiento se produce integrado dentro de los factores espontáneos, difícilmente se le distingue de ellos, por lo que se le considera incluido dentro de la vida anímica, compenetrado con estos factores al extremo que parece no tener vigencia por sí mismo. Por estas circunstancias, sus características se manifiestan confusamente y no se ponen de relieve estando así como incluido dentro del Yo. En cambio, en sus manifestaciones reflexivas el pensamiento se destaca claramente, porque los factores que intervienen en la reflexión lo hacen resaltar sobre el resto de la vi-

da anímica y no lo absorben, poniéndolo de relieve como un órgano que actúa con independencia de los otros factores, aun cuando de hecho no se desprenda de ellos, porque también forma parte del Yo. Pero, reflexivamente los factores intervienen para destacarlo y no incluirlo, como sucede espontáneamente.

2. Evolución del pensamiento.

Los factores que toman parte en las manifestaciones del pensamiento espontáneo son los más primitivos del ser, y por esto son anteriores al pensamiento reflexivo. La forma espontánea se revela de manera exclusiva en el animal y preponderantemente en el hombre primitivo y en el niño y, además, en las mentalidades oligofrénicas. En cambio, los factores que intervienen en el pensamiento reflexivo son formas más evolucionadas, y por esto también, la reflexión es posterior al pensamiento espontáneo. La forma reflexiva se manifiesta intensamente en el hombre civilizado y en el adulto; pero, nunca en los animales, ni aun en los superiores. De estos no se diga que carecen de pensamiento, sino solamente del reflexivo, porque poseen el espontáneo, aunque en sus formas más elementales.

La intención, al establecer la participación de los otros factores de la vida anímica en el pensamiento, comprobando que evoluciona condicionado por ellos, no es negarle sus propias fuerzas evolutivas. Este es un asunto que no incumbe discutir aquí, porque pertenece a una teoría de la evolución del pensamiento, lo cual es ajeno a este estudio.

3. Inteligencia espontánea y reflexiva.

El ser psíquico tiene en el pensamiento el modo con el cual logra ponerse en contacto con la verdad de las cosas. En

este sentido, la inteligencia es el conocimiento de la realidad bajo cualquiera de sus aspectos. Hay entonces grados de inteligencia según que el ser sea capaz de aprehender más o menos de dichos aspectos. No se le podría negar, por tanto, ni a los animales que aprehenden la realidad por el pensamiento, ni tampoco a los oligofrénicos, pues si bien aquéllos no son inteligentes respecto a los hombres, ni éstos respecto a los normales, no carecen de un grado mínimo de inteligencia. Esta es, pues, aprehensión por el pensamiento, por mínima que sea, de la realidad.

Ahora bien, como el pensamiento se halla condicionado por diversos factores, resulta que desde el punto de vista de la consideración estrictamente psicológica, la inteligencia es la resultante de la totalidad de la vida anímica y no un fenómeno aislado. Es decir, en la inteligencia colabora íntegramente la vida anímica cuyo resultado se resume en el pensamiento. Entonces, para determinar las posibilidades de la inteligencia, limitarse únicamente a los actos del pensamiento, es enfocar parcialmente la cuestión, pues hay que tomar en cuenta el conjunto de la vida anímica; los impulsos, las asociaciones, la extraconciencia, la voluntad, la conciencia, la atención, etc., no deben ser olvidados. Para determinar la inteligencia hay que indicar el grado de desarrollo de estos factores, pues según su estado, influirán de manera distinta en ella. La inteligencia lleva huellas de la totalidad de la vida psicológica.

En tanto que predominen los factores espontáneos, la inteligencia es también espontánea. Así, por ejemplo, se manifiesta cuando el sujeto actúa salvando las situaciones inesperadas que se ofrecen, respondiendo adecuadamente según los impulsos interiores y las circunstancias externas, y valiéndose de las experiencias pasadas que actualizadas ahora intervienen asociativamente y con oportunidad. Pero si pre-

dominan los factores reflexivos, la inteligencia es también reflexiva. Por ejemplo, cuando lo importante es conocer un objeto en sí y no el significado que tenga para el momento, la inteligencia es la facultad de aprehender las cualidades objetivas de las cosas. Para esto es necesario la actitud objetivante de la conciencia, la atención y aún la voluntad, para mantener el objeto en la contemplación; y si posteriormente hay que ordenar lo pensado dentro de los anteriores conocimientos, se necesita de la facultad de discriminación que averigua con entera claridad sus características y lo encuadra en el conjunto, procediendo críticamente.

Naturalmente que en el ser humano, y sobre todo en el adulto, colaboran las dos formas de inteligencia. Así, la aprehensión inteligente espontánea puede ser después materia de reflexión; y lo aprehendido reflexivamente puede ayudar espontáneamente, en el momento para salvar una situación. Pero hay que hacer ver el hecho que una y otra obedecen a diversos factores de la vida anímica, teniendo sus características peculiares.

Las pruebas mentales tienen la pretensión de medir la inteligencia. Pero, ¿cuál de ellas miden, la espontánea o la reflexiva? Indiscutiblemente que lo medido por ellas es la inteligencia reflexiva, pues la riqueza de pensamientos que brotan en la vida no se toman en cuenta. Esta es la razón fundamental que explica el que fallen en la práctica porque si a lo más determinan los grados de la inteligencia reflexiva, ponen de lado la espontaneidad de la inteligencia. Por este motivo, el perfeccionamiento de las pruebas mentales, permitiendo mayor acierto para determinar la inteligencia, requiere que se les ingenie en forma tal que sea posible llegar al conocimiento de la inteligencia espontánea. ¿Es esto posible? Parece que no, porque la mejor manera para determi-

nar la inteligencia espontánea se dá siempre con ocasión de la vida misma.

GUSTAVO SACO.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- H. Bergson*: L'énergie Spirituelle. Paris, 1936. Alcan.
M. Blondel: La pensée, t. I y II. Paris, 1934. Alcan.
K. Bühler: Die geistige Entwicklung des Kindes. Jena, 1930. Gustav Fischer.
E. Cassirer: Philosophie der symbolischen Formen, t. II: Das mythische Denken. Berlin, 1925. Bruno Cassirer.
H. Delgado: Psicología General y Psicopatología del Pensamiento y la Imaginación. Lima, 1936. Revista de "Actualidad Médica Peruana".
H. Delgado: Psicología General y Psicopatología de la Intelectualidad. Lima, 1940. "Revista de Neuro-Psiquiatría".
H. Delgado — M. Iberico: Psicología. Lima, 1941. Lumen.
G. Dumas: Nouveau Traité de Psychologie, t. II, IV y V. Paris, 1932 a 1936. Alcan.
J. Fröbes: Tratado de Psicología Experimental, t. I y II. Burgos, 1934. Aldecoa.
F. Giese, N. W. Gruhle, F. Dorsch: Theodor Elsenhans Lehrbuch der Psychologie. Tübingen, 1939. J. C. B. Mohr.
E. Goblot: Traité de Logique. Paris, 1929. Colin.
H. Höffding: La Pensée Humaine. Paris, 1911. Alcan.
E. Husserl: Investigaciones Lógicas. Madrid, 1929. Revista de Occidente.
G. Kafka: Handbuch der Vergleichenden Psychologie, t. I. München, 1922. E. Reinhardt.
E. Le Roy: La Pensée Intuitive, t. I y II. Paris, 1929 y 1930. Furne Boivin.
O. Leroy: La Raison Primitive. Paris, 1927. Paul Geuthner.
L. Lévy-Bruhl: Les Fonctions Mentales dans les Sociétés Inférieures. Paris, 1912. Alcan.
L. Lévy — Bruhl: La Mentalité Primitive. Paris, 1922. Alcan.

R. Müller-Freienfels: Grundzüge einer Lebenspsychologie, t. II: Das Denken und die Phantasie. Leipzig, 1925. J. A. Barth.

A. Pfänder: Lógica. Madrid, 1933. Revista de Occidente.

J. Piaget: El Juicio y el Razonamiento en el Niño. Madrid, 1929. La Lectura.

M. Scheler: El Puesto del Hombre en el Cosmos. Buenos Aires, 1938. Losada.

W. Stern: Psychology of Early Childhood. New York, 1930. H. Holt.

E. Stern: Experimentell-psychologische Schwachsinnssdiagnostik. Berlin, 1935. "Handbuch der biologischer Arbeitsmethoden",



Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»